

junio/julio de 1980 - año cuatro



EL ORNITORRINCO

revista de literatura

\$ 4.000.-

8

uno debería ser siempre
un poco improbable / oscar wilde

abelardo castillo
cuento

**MARTIN
HEIDEGGER**
reportaje

jean-paul sartre

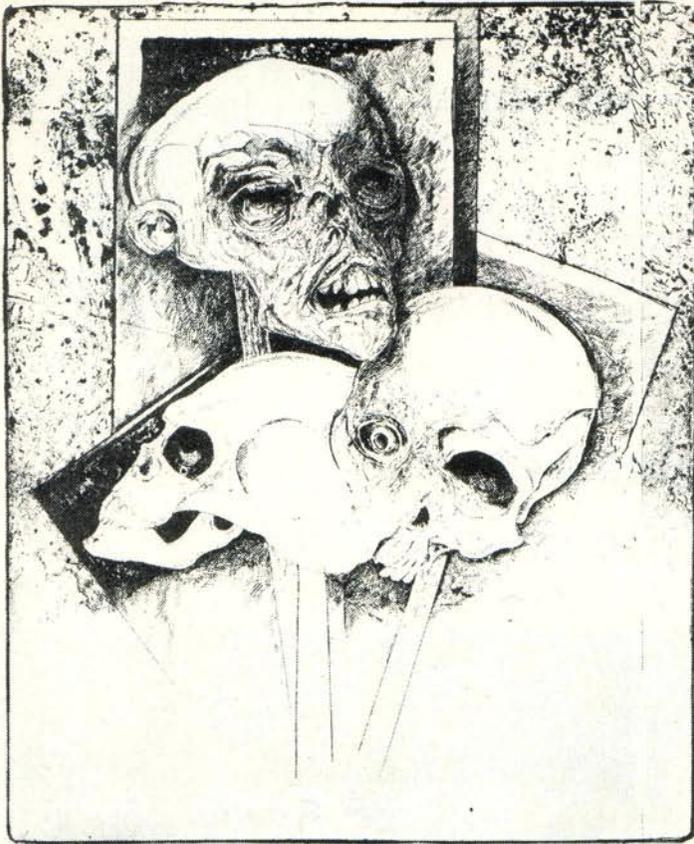
**JEAN
PIAGET**
reportaje

**drummond
de andrade**
poema

liliana heker
sobre
j. j. manauta

CONCURSO DE CUENTOS





Considerado por muchos, dentro y fuera de Brasil, el mayor poeta de ese país, Carlos Drummond de Andrade nació en Itabira do Mato Dentro, estado de Minas Gerais, en 1902. Integró, en los años 30, el renovador movimiento "modernista", decisivo en la historia de la poesía brasileña. Entre otros libros, publicó Alguma Poesia, Brejo das Almas, Sentimento do Mundo, Menino Antigo e Impurezas do Branco. El poema aquí incluido pertenece a Boitempo III, una serie de poemas-crónica, publicadas en el Jornal do Brasil, que configuran una suerte de "memorias" sobre los años juveniles del autor.

carlos
drummond de andrade

tres en el café

En el café semidesierto
la mosca intenta
posarse en el terrón de azúcar sobre el mármol.
La ahuyento. Insiste. La ahuyento.,
La luz es triste, amarilla, desanimada.
Somos dos a la espera
de que el garçon, mecánico, nos sirva.
Miro al compañero a la altura de la corbata.
No me atrevo a subir al rostro marcado.
Me fijo en la cadena del reloj
presa en el chaleco; viejos tiempos.
Poco hablamos. El sonido de las tazas,
casi una conversación. Tan raro
encontrarnos así frente a frente
durante más de algunos minutos.
Más raro aun,
en la banalidad del café.
La mosca vuelve.
Ya no la espanto. Queda entre nosotros,
partícipe de mutuo entendimiento.
Entonces, es este el mismo hombre
de antes de yo nacer
y de mañana y siempre?
Curvado.
Su mirada es cansancio de existencia,
o siento ya (ni pensarlo) su muerte?
Este estar juntos en el café,
no he de olvidarlo nunca, de tan seco
y desolado —los tres
yo, él, la mosca—:
imágenes de mera circunstancia
o del oscuro
irreparable sentido de vivir.

el ornitorrinco

revista de literatura

DIRECCION

Abelardo Castillo
Liliana Heker

REDACCION

José Blanco, Rodolfo Grandi,
Irene Gruss, Annie Haslop,
Bernardo Jobson, Ricardo Ma-
neiro, Jorge Mirarchi, Jorge
Viera.

CIENCIAS HUMANAS

Sylvia Iparraguirre

POESIA

Daniel Friedemberg

Colaboran en este número:

Jorge A. Boccanera, Carlos
Drummond de Andrade, Elvio
Gandolfo, María Cristina Grial,
Alberto Lagunas, Susana Sil-
vestre, Luis Yadarola, Enrique
D. Zattara.



Registro de la propiedad inte-
lectual N° 1.398.897

Casilla de Correo 214,
Sucursal 3
1403 - Buenos Aires

jean-paul sartre

editorial

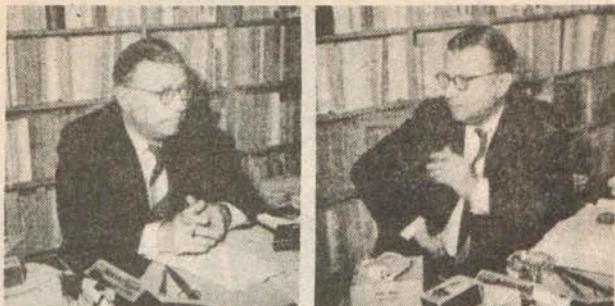


Sin acabar ninguna de sus mayores obras, ni **El ser y la nada** ni **Los caminos de la libertad** ni **Crítica de la Razón Dialéctica** ni su monumental y acaso paranoico **Flaubert**, sin tiempo para desdecirse de lo que escribió sobre Baudelaire, a las puertas de un proyecto antropológico, filosófico y literario que le hubiera exigido razonablemente otros treinta años de tenaz escritura, ha muerto Jean-Paul Sartre. Esas ruinas, o mejor, ese formidable y trunco andamiaje de reflexión y literatura que por fin totalizó la muerte y que sólo ahora podrá leerse como una obra, son su fracaso y su victoria, esos escombros fulgurantes bastan para hacer de Sartre el pensador y el autor de ficciones y el hombre público más grande de este siglo. Ha habido novelistas y dramaturgos mayores que Sartre, filósofos más originales e intensos, ideólogos políticos más decisivos: no ha habido otro hombre que, siendo todo eso al mismo tiempo, alcanzara la dimensión de Sartre. Sólo Tolstoy en el siglo pasado y Miguel de Unamuno en el nuestro se le parecen. Con justicia puede aplicársele a Sartre lo que Jaspers dijo de Nietzsche: no hay casi problema sobre el que no haya meditado; también, lo que él mismo escribió de Gide. En efecto, existe una geografía del pensamiento: nadie da un paso en el extranjero sin acercarse o alejarse de su patria; todo movimiento del espíritu, desde hace cuarenta años, nos acerca o nos aleja también de Sartre. Como pasa con Freud, con Marx, con muy pocos hombres más, nuestra época habla palabras de Sartre, aun para rechazarlo; y así como para negar el inconsciente, la plusvalía, los complejos o los antagonismos sociales es necesario aceptar de algún modo el pensamiento que los instaló en la cultura, nadie puede ya cuestionar la libertad, el compromiso, la prioridad de la existencia humana sobre su esencia, sin que su interlocutor sea Sartre.

Los hombres de mi edad tuvimos la fortuna de entrar en la adolescencia acompañados por el pensamiento y las ficciones de Sartre: gracias a la diferencia de edad, y, en Latinoamérica, gracias a la distancia, nos hicimos jóvenes al compás de su adultez creadora, fuimos contemporáneos privilegiados de sus ideas y sus personajes, y unas y otros vivían y se modificaban en y con nosotros. Cuando teníamos entre quince y veintitantos años esperábamos los libros, las declaraciones, los artículos de este hombre, como en el siglo pasado, cada lunes, los compatriotas y contemporáneos de Dickens esperaban sus folletines azules. Fue nuestro compatriota y nuestro contemporáneo; fue, incluso, nuestro folletínista espiritual.

Algunos de nosotros esperamos durante años la **Ética de El ser y la nada**, tal vez no hayamos sido muchos, pero seguramente hubo miles de adolescentes y jóvenes, en todo el mundo, que aguardaron el cuarto tomo de **Los caminos de la libertad** y se sintieron defraudados y acaso un poco más solos cuando Sartre anunció que ya no terminaría esa novela. Después nos acostumbramos a que nunca terminara nada, y aprendimos lo que realmente decía esa palabra rapsódica y fragmentaria: a Sartre había que completarlo desde uno mismo. Cuando nos hicimos adultos, ahora, cuando empezábamos a temer que Sartre escribiera la novela o el drama que ya no nos hablara, cuando nos dimos cuenta de que el **Flaubert** no estaba escrito para nosotros, ni quizá para nadie, él pareció advertir su lejanía, eligió la ceguera, la vejez y el silencio, y durante cinco años se dedicó a bien morir. En 1975 declaró: "He escrito, he vivido; no hay nada que lamentar". Escribir, vivir: en ese orden se despidió de nuestra generación. Seguía siendo ante la muerte el hombre que había dicho: "La literatura, para un escritor, es todo; si no es todo, no vale la pena perder una hora en ella".

Cualquiera que lo haya leído lo sintió: la virtud de su pensamiento era que no parecía reflexionado por él, sino por uno. Sentir: "esto es lo que yo pensaba" o "lo que no me atrevía a pensar", es la común experiencia a todo lector de Sartre. Salvo en algunas páginas muy técnicas de su obra estrictamente filosófica, el rigor, la luminosidad y la elocuencia de la palabra sartreana no requieren más que una sola lectura: se tiene la ilusión de estar metido en el centro de un pensamiento que se está pensando, la ilusión de ser uno quien lo piensa. Y, sin embargo, cualquiera que lo haya leído también lo sintió: esa expresividad, ese rigor, no tienen la transparencia de la meditación de un Bertrand Russell, están más cerca de la pasión que de la Lógica; pero su pasión no es la tumultuosa o lacera-pasión de un Nietzsche o un Kierkegaard, es como cerebral y fría, sin ser tampoco la simétrica y bárbara y por momentos majestuosa construcción mental de un Heidegger. Sartre, además, da a veces la impresión de haber meramente cambiado el nombre a nociones ya establecidas por la filosofía, de repetir sin sobresalto, con depredadora naturalidad, especulaciones ajenas. ¿Qué es, por ejemplo, su teoría de la existencia como una libertad que establece en cada caso los valores, sino el Hombre Valuador de Zarathustra? ¿Qué es la elección personal que compromete a toda la humanidad, sino el imperativo categórico de Kant, sin Dios, el "todos somos responsables



de todo ante todos", de Dostolewsky? La definición del para-sí como el ser que **no es lo que es y que es lo que no es**, que transcribe de Heidegger, quien la aplicó al Dasein: ¿no estaba dicha hasta el vértigo, trescientos años de Heidegger y de Sartre, en aquel imborrable clamor de Fenelón: **Yo no soy, Dios mío, lo que es; ¡ay!, yo soy casi lo que no es; me veo como un medio incomprendible entre la nada y el ser; yo soy lo que ha sido, yo soy lo que será: yo soy lo que ya no es lo que ha sido, yo soy lo que todavía no es lo que será (...)** de modo que ni por un momento puedo encontrarme fijo a mí mismo, presente ante mí, para decir simplemente: **yo soy; así mi duración no es otra cosa que un perpetuo desfallecimiento?** No hay, no parece haber en todo el existencialismo sartreano, un solo tema fundamental que ya no estuviese bosquejado o completamente formulado por otro hombre. Descartes, Kant, Marx, Kierkegaard, Freud o Heidegger, y (en una medida que aun nadie apreció con justicia) Nietzsche, se han adelantado en años y hasta en siglos a Sartre. ¿Cómo, entonces, la actualidad inquietante del existencialismo ateo, y aun su cínica novedad, parecieron ser sus atributos más rotundos, los que de un golpe situaron a Sartre en el centro de la discusión contemporánea? ¿Por qué todo pensamiento ya pensado, en su palabra, se volvía original hasta el escándalo? ¿Qué había en aquel hombre, qué puso de fundamentalmente nuevo y peligroso en su obra, como para que, durante años, Sartre haya sido el fiscal y el juez del pensamiento europeo y latinoamericano. De las muchas respuestas que se me ocurren, elijo una: su capacidad de re-organización de las ideas —algo así, en el orden de la reflexión, como lo que distingue en el plano de la escritura el estilo de los grandes poetas y prosistas: la destreza para unir inesperadamente elementos ya conocidos— que le permitía integrar, en una nueva organización reflexiva, **bloques** de ideas que no estamos acostumbrados a pensar simultáneamente. Una sintaxis, pero no de palabras: de pensamientos completos. Así podía pensar al mismo tiempo con Freud, Marx y Heidegger, y así conseguía que su palabra pareciera obrar en dos espacios: como algo ya sabido y como algo insolentemente nuevo y agresivo.

Y lo mismo vale para su obra de ficción. Ni su teatro ni sus novelas, formalmente hablando, traen nada nuevo. No son *Ulises* o *El castillo*, no son *Ubú rey* o *Esperando a Godot*. Y sin embargo, cómo olvidar el deslustramiento formal que nos produjo *El aplazamiento*. Quién no creyó ver "otro" teatro cuando leyó *El diablo y Dios* o *Los secuestrados de Altona*.

Hace unos años comencé un trabajo sobre Sartre: volví a leer casi todos sus libros. Apenas hay página de las *Situations* en la que el adolescente que fui no haya asentado su desacuerdo con él o en la que no haya "completado" un pensamiento que me pareció fragmentario: sé, sin embargo, que ningún escritor me influyó como Sartre. Porque tampoco hay casi página de esos libros en las que no redescubra una idea que hoy siento naturalmente como mía. Y esto no es una mera acotación personal: es un hecho constatable en casi todos los intelectuales de la generación del 55 y de mi propia generación. Todos, en algún momento, hemos sentido el derecho a discutir con él. Todos hemos saqueado sus libros. Dicho de una vez: nos enseñó a pensar.

Hoy ese hombre ha muerto. Y eso casi no nos asombra. Mientras vivía, muchas veces murió Sartre. Hacia 1952, al romper con Albert Camus y acercarse a los comunistas, murió para los anarquistas de derecha y para los burgueses que habían visto en él a un profeta de la negatividad y del absurdo: una especie de Poeta Maldito en prosa. Cuando, años después, publicó *El fantasma de Stalin*, murió para los comunistas. En los años sesenta, la nueva generación francesa decidió otros funerales. No sin advertir que ahora Sartre tenía más lectores que antes, no sin reconocer que el rechazo del Premio Nobel era, en este hombre, otra manera de no dejarse enterrar, no sin ver que Sartre era todavía demasiado importuno como para no seguir obstinadamente vivo, se decidió sepultar el atributo que lo definía y, con él, la filosofía entera. Admitamos a Sartre, parecían decir, a condición de que sea el último filósofo, o el último metafísico. Escribía Bernard Pingaud, en la revista *L'Arc*: "1945-1960...El lenguaje de la reflexión ha cambiado. La filosofía que hace quince años arrollaba, se retira hoy ante las ciencias del hombre y esa retirada va acompañada de la aparición de un nuevo vocabulario. No se habla ya de "conciencia" o de "sujeto", sino de "reglas", de "códigos", de "sistemas"; ya no se dice que el hombre da el sentido, sino que el sentido adviene al hombre; ya no se es existencialista, sino estructuralista." Este tipo de frivolidad ampulosa es bien francés. Si, como decía Poe, la oscuridad de un apotegma alemán puede derivar en cualquier conclusión, la nitidez sintáctica de una novedad francesa casi nunca quiere decir nada. Según el texto de *L'Arc*, filosofía y existencialismo serían casi la misma cosa, lo que es una distracción; una doctrina filosófica nacida en el siglo pasado podría ser aglomerada en París, en quince años, lo que es un vértigo patriótico; y el lenguaje de la reflexión podría cambiar sin que cambiara el objeto de la reflexión: la realidad. Lo que es ridículo. Y además, esos "se" habla, "se" dice, "se es", ¿no son también ese ambiguo parloteo del "se", que diría Heidegger? Los nombres de Lacán, Foucault, Barthes, Levy-Strauss, Marcuse o Althusser, fueron convocados por imperceptibles discípulos para aniquilación de Sartre. Sartre los refutó a todos, se adueñó de lo que le servía para pensar, y resucitó como agitador político. Porque uno o dos años después de este funeral, que no era sólo el de Sartre sino el de las nociones de historia y de dialéctica, asumidas definitivamente por él en *Crítica de la Razón Dialéctica*, Francia y el mundo entero volvieron a articular a gritos el viejo lenguaje de la Historia, cientos de miles de estudiantes y obreros probaron, con hechos, que el hombre todavía sigue siendo, al menos cuando importa, el único sujeto de la reflexión y de la acción. Fueron los tiempos del Tribunal Russell, de los procesos a Sartre, de la polémica con De Gaulle, de los estudiantes desafiando al gobierno francés a que se atreviera a encancelar a este viejo cada día más irritante que, al borde de los setenta años, repartía diarios subversivos por las calles de París y hablaba en público, subido a grandes tachos, custodiado por chicos medio siglo menores que él. No se lo podía acusar de chochera: ahí estaban sus reportajes, sus discursos, el gigantesco monumento a Flaubert; se lo acusó de existista, de amar la publicidad. Puede ser. El hecho de que fuera el más célebre escritor contemporáneo, y el más grande, no garantiza su humildad. Había rechazado el Premio Nobel, había rechazado la Legión de Honor, detestaba las academias y la pompa; ya se sabe



que para esto se necesita ser muy arrogante. Amar las cruces, los premios, los homenajes es en el fondo amarse muy poco: tener mucho miedo de no ser nadie. De todos modos también se sabe que la publicidad y las vidrieras rinden excelentes intereses, se transforman en cuentas bancarias. Y hay buenas razones para creer que Sartre no mentía cuando, a los setenta años, declaró: **"En realidad siempre gasté más dinero del que tenía (...) actualmente no hay nada más y por primera vez me pregunto cómo voy a arreglarme (...) si vivo hasta los ochenta años, en algún momento dado viviré sin ningún otro recurso que los libros que he escrito"**. Vivió setenta y cinco, y a su muerte alguien pudo escribir en el diario *El País*, de Barcelona: "Su muerte, casi en soledad, fue un símbolo de los últimos años de su vida, que desarrolló en medio de una gran precariedad económica..."

Nietzsche, que se sabía inactual, escribió: "Lo que a mí me pertenece es el pasado mañana; ciertos hombres nacen póstumos". Y profetizó: "Un día mi nombre irá unido a algo formidable, al recuerdo de una crisis como jamás ha habido en la Tierra (...), el recuerdo de un juicio pronunciado contra todo lo que en el presente se ha creído, se ha santificado". Sartre, a punto de elegirse póstumo, comprendió que en este siglo criminal esa ilusión equivalía a la muerte. Se haya entendido lo que se quiera acerca de lo que pensaba de la inmortalidad, el hecho es que él también, como todo hombre, lo único que quería era estar vivo, perpetuarse: instalarse en ese relativo "para siempre" que es la historia humana. Y cualquiera sea el juicio que el porvenir tenga de él, sabemos que lo consiguió. Lo hizo a fuerza de asumir el presente —cada presente— corriendo incluso el riesgo de la contradicción y la apostasía. Ningún otro escritor de nuestra época consiguió cifrar, como él, en escritura y en actos, el tiempo que le tocó vivir. No sabemos qué es lo que un día irá unido a su nombre; sabemos qué sigue siendo para nosotros: un contemporáneo. Un filme francés de 1972, **Sartre par lui meme**, es en este sentido la mejor constatación de lo que hoy va unido a su nombre. Se lo ve hablando en Burdeos, contra un fondo de marchas obreras: yuxtapuesto a escenas de la Guerra Española, de la Guerra Mundial. Es Francia y es Europa entera la que parece hablada por Sartre. Y Vietnam, y Medio Oriente. No son mis palabras las que inventan esa imagen demasiado grandiosa: es una película europea, que naturalmente los argentinos no veremos. Y además no hacen falta ese filme ni esta página para establecer lo que, también en latinoamérica, significó su nombre. Cuando hace unos años un grupo de intelectuales latinoamericanos y europeos firmó aquel manifiesto contra la detención del poeta cubano Padilla, en el que aparecía la firma de Sartre, los diarios argentinos dijeron poco más o menos: **Sartre rompió con Cuba**, Sartre, de pronto, era una especie de República; de pronto, la cuestión era entre Sartre y el gobierno cubano, de Estado a Estado. Necesidad de apropiárselo, por supuesto. Ya que la vejez no lo domaba, había que mitigarle el color. Y entonces la pregunta surge sola: **por qué** ¿Qué representó este hombre, aun para sus adversarios, que todos querían tenerlo de su lado? Hoy mismo, al anunciar su muerte, nuestros diarios y revistas se apuraron a evocar aquel manifiesto, sus artículos sobre Hungría y Checoslovaquia o cierta única salida de su casa, en 1979, "con el filósofo derechista Raymond Arón, amigo personal" para conseguir que el presidente de Francia "intercediera en favor de los refugiados de Vietnam y Camboya" (*Clarín*). Tampoco se olvida señalar que el diario soviético *Izvestia* le dedicó cinco líneas: "Escritor, filósofo y célebre polemista". Lo que en realidad son cinco palabras y nos deja cierta intriga sobre los otros cuatro renglones. **La Razón**, es menos sutil: Sartre "enrolado de una singular corriente política de izquierda condenó en forma enérgica las actividades soviéticas, al PC francés..." etc. Sartre ya empieza a parecerse a San Francisco de Assis: no le falta más que dialogar con los animales. De ahora en adelante se puede, incluso, mentir: Sartre, asegura este diario, describió al primer ministro de Cuba "como a alguien que siente desprecio por los seres humanos". A riesgo de resultar molestos, digamos **toda** la verdad. Fueron los redactores de aquel manifiesto, y no personalmente Sartre, quienes escribieron algo parecido. Y no hablaban del primer ministro cubano, sino con él, y hablaban de "el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema

represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas", y hablaban de esos sucesos "similares a los que están ocurriendo en Cuba" (el encarcelamiento de un escritor, Padilla) como una manifestación de ese viejo stalinismo al que culpaban de "el desprecio a la dignidad humana que supone esforzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas". No sé si en nuestro país se puede escribir que, personalmente hablando, yo siempre juzgué que ese manifiesto era, por lo menos, grotesco, pero seguramente sí se puede escribir, por mero amor a la verdad, que no decía lo que afirma **La Razón** ni lo escribió Sartre. El diario *Crónica*, curiosamente, es el más objetivo. Más que nada preocupado por unos leopardos víctimas de un incendio y por el futuro del Club Boca Juniors, informó su muerte con meri-



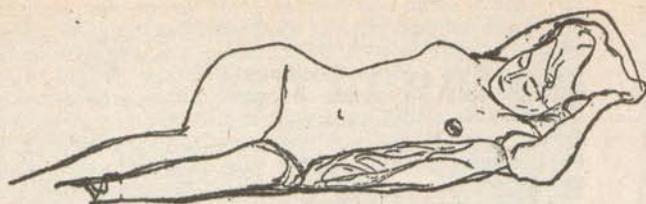
toria brevedad de ficha, como *Izvestia*. Sólo se le deslizó al periodista un cómico lapsus calami: "Profundamente comprometido, pero de gran honestidad", dice.

Hay que sacralizarlo, en suma: volverlo ascético. Hacer todo lo posible por recordarnos que la coherencia de Sartre también puede servirle al orden burgués. El propio Sartre, hablando de Gide, ya les había contestado por nosotros hace unos treinta años: **"Por mi parte, las restricciones mentales, la hipocresía y —por decirlo todo— la hediondez de los artículos necrológicos que se le han cosagrado, me produjeron demasiado disgusto para que piense marcar aquí lo que nos separaba de él"**. Pedirle a cierta gente que lea *Crítica de la Razón Dialéctica* o lo que Sartre escribió y declaró públicamente en los últimos veinte años, es inútil. Quizá, inhumano. Por otra parte, ya han decidido hace mucho que **ese Sartre no existe**. Sartre, para ellos, representa una náusea existencial, que jamás sintieron, o la patética noción de fracaso —que, demás estar decir, nunca entendieron— y, sobre todo, una especie de sórdida Libertad para nada, que, en sus cerebros, equivale a la libertad de seguir actuando como cerdos.

Un amigo personal mío, de derecha, como notarían los diarios, amigo que no comparte demasiado esta página sobre Sartre, me hace notar que Sartre es sobre todo un escritor para adolescentes. Sin proponérselo, dio con el mejor elogio de este hombre. La gran literatura, los pensamientos que cambian el mundo, se comprenden en la adolescencia o no se comprenden nunca. Para entender lo que digo no hay más que recordar qué queríamos de la vida cuando éramos adolescentes.

ABELARDO CASTILLO

Página 5



II

es bueno amarse así/
vehementemente
sabiendo que este momento es nuestro/ y
que no recibiremos el perdón
de tu padre
las vecinas
el concilio de trento

jorge a. boccanera

poemas a la mujer del prójimo

I

Llegó al cuarto entre asustada y no
su piel había memorizado calles
para que yo esta noche las caminase todas

Llegó invadida de cebolla y pena
de fiebre del pequeño y vecinas absurdas
llegó cansada de saludos breves
preguntarse por qué a tanto silencio

necesitaba
que esta noche sus hombros arrimen a otro puerto
sus manos algo lejos del filo de la escoba
su pelo rojo en otra almohada

entonces comprendí
que la mujer del prójimo es ajena
incluso para él

su silencio fue bello como los parques en la noche.

III

No unté mis ojos
con el paisaje de los tuyos
ni desordené el día para que aparecieras
ni he juntado tus ruidos con mi boca
para que no doliesen las preguntas
ni siquiera
me llamo como dices pero
puedes quedarte
hay un poco de sopa
algo de vino
afuera está lloviendo en otro idioma.

JORGE ALEJANDRO BOCCANERA

Nació en Bahía Blanca en 1952. Integró, en Lanús, el grupo nucleado en torno a la revista El ladrillo. Publicó Los espantapájaros suicidas, Noticias de una mujer cualquiera, Contraseña y Música de fagot y piernas de Victoria. Es autor de cuatro antologías, entre ellas la reciente Novísima poesía latinoamericana. Entre otros premios, obtuvo el de Casa de las Américas y el Premio Nacional de Poesía Joven de México. Integra las redacciones de las revistas Manatí y Plural, ambas de México, desde donde envió este poema especialmente para El Ornitorrinco.



EDITORIAL
GALERNA

CHARCAS 3741 - Tel. 71-1739

PARA LECTORES INTELIGENTES

COLECCION AVES DEL ARCA

- | | | |
|---|--|---|
| 1. Cartas de La Tierra —
Mark Twain. | 5. La Fugitiva de Chujo —
Murasaki Shikibu. | 9. La Oportunidad de
Augusto Matraga —
J. Guimarães Rosa. |
| 2. Diarios íntimos —
Charles Baudelaire | 6. Poesía quechua —
S. Salazar Bondy. | 10. Matrimonio del Cielo
y del Infierno —
William Blake. |
| 3. Vanina Vanini —
Stendhal. | 7. Flaubert y Baudelaire —
Marcel Proust. | 11. Alejo Carpenter —
El camino de Santiago |
| 4. Cantar de Gilgamesh —
El más antiguo poema
épico fantástico. | 8. Más allá del límite —
Rudyard Kipling. | |

PIDALOS EN SU LIBRERIA O EN LIBRERIA GALERNA TUCUMAN 1425



alberto lagunas

la esfinge de tebas

*Toman al meditar las nobles actitudes /de las grandes esfinges
estiradas en el fondo de las soledades/que parecen dormirse en
un sueño sin fin.*

Charles Baudelaire, Les Chats.



Alberto Lagunas: Nació en San Nicolás (Bs. As.) reside en Rosario donde ha desarrollado la mayor parte de su actividad literaria. Es autor de "Los años de un día", cuentos, 1967; "El refugio de los ángeles", cuento, 1973; "La travesía", nouvelle, 1974. Ha sido incluido en antologías de cuentos y poemas publicadas en Buenos Aires, Rosario y Santa Fe. Cuentos suyos han aparecido en "El escarabajo de oro", "Ensayo cultural" y "La Opinión" (Bs. As.), "El cuento" (México) y diarios y revistas de Argentina. Tiene en preparación otro volumen de cuentos. Acaba de obtener el 1er. Premio compartido en el Concurso Latinoamericano "Editorial Losada".

La esfinge de Tebas no era en realidad una esfinge, sino un gato que se disfrazaba todas las tardes y, aburrido como estaba de ver televisión, se iba a parar al borde de un peñasco. Se había comprado unas alas de murciélago en el bazar de los juguetes y también un embudo de querosén. Además con restos de un pescado que sabrosamente había comido se fabricó la cola tal como la esfinge egipcia. Con el embudo puesto al revés desfiguraba la voz. Las alas le daban una imponente majestuosidad y así, entre las brumas del atardecer, el gato disfrazado, subido en un peñasco, trataba de entablar conversación con los caminantes que entraban a Tebas. La voz surgía profunda y ahuecada a raíz del embudo. Y entonces les preguntaba: "¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?"; o "¿Por qué, si mentís una vez, y mentís otra vez, y volvéis a mentir?"; o "¿Decí por Dios qué me has dao, si estoy tan cambiao, ya ni sé más quién soy?". Ante estos enigmas la gente huía despavorida y muchos caían rodando por las laderas de la montaña. Y en el pueblo comenzaron a hablar del monstruo que expresaba extrañas cuestiones. Pero las preguntas del gato no se referían, solamente, a temas generales. Al almacenero de la esquina, que engañaba a su mujer con la vendedora de pescados, le decía: "¿Cuál es peor castigo, engañar en los negocios o engañar un propio sentimiento?" palabras éstas tomadas de un teleteatro de la tarde que, sin embargo caían como un pedrazo sobre el interrogado, quien por supuesto nada entendía. Al estudioso que dejaba sus pestañas en grandes mamotretos por las noches, la esfinge de alas de murciélago expresaba: "Si el sol es astro rey, ¿por qué buscas la vida sin vivirla?" y el estudioso trataba de ver los correlatos de esta frase con otras leídas en los textos estudiados por las noches, sin encontrar relación alguna mientras huía desesperado por entre los zarzales y yuyos de la montaña que da acceso a Tebas.

Así pasaba el tiempo hasta que vino El de los Pies Hinchados. Obnubilado y confundido por las palabras de su psicoanalista, Edipo no prestó atención a lo que la esfinge le estaba preguntando, y en respuesta al enigma: "¿Cuál es el animal que marcha en cuatro pies, en dos y en tres; y cuanto más tiene, más débil es?", respondió: "Sin duda algún pobre gato", e intranquilo prosiguió su camino hacia Tebas. El gato, al escuchar la respuesta, se sintió descubierto y corrió hacia su casa. Cayeron las alas de murciélago y la gente creyó que la esfinge había desaparecido. El gato, por su parte, volvió a aburrirse en los atardeceres mirando programas de televisión.

reportaje a MARTIN HEIDEGGER



Profesor Heidegger, en nuestra época se habla frecuentemente de una transformación de las relaciones sociales como tarea primordial de nuestro presente y como único punto de partida para un futuro mejor. ¿Qué opina Ud. sobre tal determinación del llamado "Zeitgeist" en relación, por ejemplo, con la reforma universitaria?

HEIDEGGER: Yo contestaré solamente a la última pregunta, pues la primera es demasiado ambiciosa. Y la respuesta que le daré es la misma que di hace 40 años en mi *Lección Inaugural* en Friburgo, en 1929. Le citaré la respuesta dada en la conferencia "¿Qué es la metafísica?": "Los dominios de las ciencias difieren mucho unos de los otros. El modo de tratamiento de sus objetos es radicalmente diferente. Y esa diversidad de disciplinas se conserva sólo, gracias a la organización técnica en las universidades y facultades y en su significación, a través de la finalidad práctica de las asignaturas. Por el contrario, el arraigamiento de las ciencias en su esencia se ha marchitado". Yo creo que *esta* respuesta es satisfactoria.

PREGUNTA: Sin embargo existen motivaciones bastante diferentes que tratan de lograr, dentro del dominio social o humano, una reorientación de los objetivos y una "re-estructuración" de los datos fácticos. Evidentemente se trata de algo filosófico ya sea en lo bueno o en lo malo. ¿Cree Ud. en la tarea social de la filosofía?

HEIDEGGER: ¡No! ¡En ese sentido no se puede hablar de tarea social! Si se quiere responder a esa pregunta, hay que preguntarse primero: "¿Qué es la sociedad?" y debe pensarse que la sociedad actual es solamente la absolutización de

la subjetividad moderna y que a partir de eso una filosofía que ha superado el punto de vista de la subjetividad no tiene en absoluto el derecho de expresarse.

Otra cosa es saber en qué medida puede hablarse de una transformación de la sociedad. El problema de la exigencia de la transformación del mundo nos conduce a la muy citada frase de las "Tesis sobre Feuerbach" de Carlos Marx.

Yo quisiera citarla aquí exactamente: "Los filósofos no han hecho sino *interpretar* el mundo de modos diferentes, de lo que se trata es de *transformarlo*". En la citación y en la observancia de esa frase se olvida que una transformación del mundo presupone una transformación de la *representación del mundo* y que dicha representación se logra solamente en una rigurosa *interpretación* del mundo.

Es decir, como Marx se sitúa en una interpretación determinada del mundo, para de allí exigir su "transformación", su tesis se demuestra por lo tanto como no fundada. Ella da la impresión de que fuera pronunciada decididamente contra la filosofía, mientras que en la segunda parte de la tesis se implica de modo no expreso, la exigencia de una filosofía.

PREGUNTA: ¿De qué modo puede lograr actualmente su filosofía una efectividad con respecto a la sociedad concreta y a sus diversidad de tareas y preocupaciones, necesidades y esperanzas? ¿O tienen razón aquellos que suponen que Martín Heidegger se ha ocupado de tal modo del "ser" que ha olvidado la *conditio humana*, el ser del Hombre en la sociedad y en cuanto persona?

HEIDEGGER: Esta crítica se basa en un enorme malentendido, pues la pregunta por el ser y su desarrollo implican

precisamente una interpretación del *ser ahí*, es decir, una determinación de la esencia del hombre. Y el pensamiento básico de mi filosofía es precisamente la cuestión de que el ser o digamos el estado-de-apertura-del-ser, *necesita* del hombre, y de que por el contrario, el hombre es solamente hombre en la medida en que se sitúa en el estado-de-apertura-del-ser.

En este sentido, el problema de saber en qué medida yo me ocupo solamente del ser y olvido el hombre debería estar resuelto. No se puede preguntar por el ser sin preguntarse por la esencia del hombre.

PREGUNTA: Nietzsche expresó alguna vez que el filósofo sería la mala conciencia de su época. Dejemos oculto sin embargo el sentido nietzscheano de esa frase. Ahora bien, si tomamos en cuenta su intento de abarcar la historia de la filosofía hasta nuestros días como una historia de la caída con respecto a la pregunta que interroga por el ser y de allí su "destrucción", se podría pensar que Martín Heidegger es la mala conciencia de la filosofía occidental. ¿En qué ve Ud. el indicio más característico, para no decir el más característico *index-de-eso* de lo que Ud. llama el "olvido" y el "abandono del ser"?

HEIDEGGER: Ante todo quisiera corregir su pregunta con respecto a lo que Ud. dice de la "historia de la caída". Eso *no* es pensado negativamente!

Yo no hablo de una historia de la caída, sino solamente de un destino del ser, en la medida en que se sustrae cada vez más en comparación con el estado-de-apertura-del-ser —en los griegos— hasta el desarrollo del ser en cuanto simple objetividad para la ciencia, y ac-

tualmente, en cuanto simple existencia para el dominio técnico del mundo. Entonces, no se trata de una historia de la caída, sino de una *sustracción del ser* en la cual nos encontramos. El índice más característico del olvido del ser —y olvido debe ser pensando aquí *siempre* en el sentido griego, en el sentido de la Lethe, esto es, del esconder-se, del sustraer-se, del ser—, repito, el índice más característico del destino en el cual nos encontramos es —hasta donde yo mismo alcanzo a verlo— el hecho de que *la pregunta por el ser* que yo planteo no ha sido *entendida* aun.

PREGUNTA: Dos cosas han sido siempre puestas por Ud. en consideración, en cuestionamiento: la *pretensión de dominio de la ciencia* y la concepción de la *técnica* por la cual se hace de ella nada más que un medio útil para lograr más rápidamente objetivos deseados.

Precisamente en nuestra época, en donde la mayoría de los hombres esperan todo de la ciencia y en donde en dimensiones universales se les demuestra a través de esa misma técnica, que el hombre logra, gracias a ella, lo que se propone, sus planteamientos sobre la ciencia y la esencia de la técnica dan mucho que pensar a más de uno. ¿Qué quiere Ud. decir, cuando plantea que la ciencia no piensa?

HEIDEGGER: Para comenzar con eso del "dar mucho que pensar" debo decirle que me parece muy sano! Actualmente existe un gran vacío de pensamiento en el mundo, cosa que está en relación precisamente con el olvido del ser.

En cuanto a la frase: la ciencia no piensa —frase que despertó mucha atención cuando yo la pronuncié en una conferencia en Friburgo—, significa que la *ciencia* no se mueve en la *dimensión de la filosofía*. Sin embargo, ella es sin saberlo, dependiente de esta dimensión. La física, por ejemplo se mueve en la dimensión de espacio tiempo y movimiento. Lo que movimiento, espacio y tiempo significan, no lo puede decidir la ciencia en cuanto tal. Así en *este* sentido, la ciencia no piensa, ella no puede pensar con sus métodos.

Yo no puedo decir, por ejemplo, con métodos físicos, lo que es la física. Lo que la física es puede ser pensado solamente con métodos filosóficos. La frase: la ciencia no piensa, *no* es un *reproche*, sino una *constatación* de la estructura interna de la ciencia, a cuya esencia pertenece por una parte, el que ella dependa de lo que piensa la filosofía, y por otra olvide y no considere lo que hay que pensar.

PREGUNTA: ¿En qué piensa Ud. cuando dice que para el hombre actual es más peligrosa la esencia de la técnica que la misma bomba atómica, "das Gestell", como Ud. denomina la esencia de la técnica, o sea, lo real en cuanto existencia por descubrir?

HEIDEGGER: Con respecto a la técnica mi tesis sobre la esencia, hasta ahora poco acogida, es, digámoslo concretamente, de que las ciencias naturales modernas se basan en el desarrollo de la

esencia de la técnica moderna y no lo contrario.

Ante todo hay que decir que yo *no* estoy *contra* la técnica. Yo no he hablado nunca *contra* la técnica, como tampoco *contra* lo llamado demoníaco de ella. Lo que yo trato de hacer es de entender la *esencia* de la técnica.

Cuando Ud. se refiere a la peligrosidad de la bomba atómica y del peligro aun mayor de la técnica, pienso precisamente en eso que hoy conocemos como Biofísica, pienso que en tiempos futuros estaremos en capacidad de *hacer* de tal manera al *hombre*, es decir, *de construirlo* limpio en su esencia orgánica, como realmente lo necesita: en su habilidad y torpeza, discreción y brutalidad. Hasta eso vamos a llegar! Las posibilidades *técnicas* están dadas y fueron ya expresadas por Premios Nobel en una conferencia celebrada en Lindau, cosa que yo cité hace ya años en un seminario en Messkirch.

Es decir, se trata ante todo, de rechazar el malentendido de que yo estoy *contra* la técnica.

Yo veo en la técnica, es decir en su esencia, que el hombre se encuentra bajo un poder que lo desafía y frente al cual ha perdido su libertad, y que aquí, se anuncia algo así como una referencia del Ser al Hombre y que esta referencia escondida en la esencia de la técnica, saldrá tal vez algún día de su ocultamiento.

Yo no sé si eso podrá ocurrir, pero yo veo en la esencia de la técnica los pri-



POMAIRE NOVEDADES

LA DANZA DE LA MUERTE
Stephen King

La última novela. una obra magistral
en dos volúmenes.
del autor de CARRIE
y LA HORA DEL VAMPIRO

\$ 53.000.-

ES UN LIBRO POMAIRE

meros indicios de un misterio mucho más profundo, y es lo que yo he llamado el "acontecimiento". Como Ud. se puede dar cuenta, no es posible pues hablar de una oposición a la técnica o de su condena. De lo que se trata es de entender la esencia tanto de la técnica como del mundo técnico. A mi modo de ver esto no será posible mientras nos sigamos moviendo filosóficamente en la relación Sujeto/Objeto. Esto es: desde el punto de vista marxista la esencia de la técnica no puede ser entendida.

PREGUNTA: Toda su meditación se basa y desemboca en la cuestión principal de su filosofía: la pregunta que interroga por el ser. Ud. ha subrayado siempre que no tiene la intención de agregar una nueva tesis a las ya conocidas. Ahora bien, como precisamente el ser ha sido determinado de diversas maneras: como característica, posibilidad, realidad, verdad e incluso como Dios, Ud. busca una nueva tonalidad pero no en el sentido de una super-síntesis, sino en el sentido de una búsqueda del sentido del ser.

¿En qué dirección se abre paso en su pensar una respuesta a la pregunta: "¿Por qué hay ente y no más bien nada?"

HEIDEGGER: Son dos cosas las que debe responder. Primero, la clarificación de la pregunta por el ser. Yo creo que con respecto a eso su pregunta es algo confusa. El título "La pregunta que interroga por el ser" es ambiguo. La pregunta por el ser significa por un lado, interrogarse por el ente en cuanto tal. En esta pregunta se define lo que es el ente. La respuesta a esta pregunta da la determinación del ser.

El problema del ser puede también ser entendido en el sentido siguiente: en qué se basa cada respuesta a la pregunta por el ente, es decir, ¿en qué consiste en suma el no ocultamiento del ser? Digámoslo con un ejemplo: los griegos definen el ser como presencia de lo presente. En la presencia habla el presente, y el presente es un momento del tiempo, entonces, la determinación del ser como presencia es referida al tiempo.

De allí, yo trato de definir la presencia a partir del tiempo y busco en la historia del pensamiento lo que ha sido dicho sobre él. Entonces, encuentro que a partir de Aristóteles, la esencia del tiempo ha sido determinada ya, por un modo particular del ser. Es decir, el concepto tradicional de tiempo es inservible. Por lo tanto yo he tratado de desarrollar en *El ser y el tiempo* un nuevo concepto del tiempo y de la temporalidad en el sentido de la extaticidad-de-lo-abierto.

La otra pregunta ha sido ya planteada por Leibniz, retomada por Schelling y repetida por mí literalmente en la última parte de la conferencia "¿Qué es la metafísica?"

Pero esta pregunta adopta en mí otro sentido totalmente diferente. El concepto metafísico tradicional de aquello que se pregunta en la cuestión, significa: ¿por qué hay ente y no más bien nada? Esto significa: ¿dónde está la causa o el fundamento para que haya ente y no nada?

Yo pregunto por el contrario ¿por qué hay ente y no más bien nada? ¿Por qué es el ente lo privilegiado? ¿Por qué no es la nada pensada como lo idéntico con el ser? Esto significa: ¿por qué domina y de dónde procede el olvido del ser?

Como se ve es totalmente otra pregunta que la planteada por la metafísica. Es decir, yo pregunto "qué es metafísica", yo no planteo una pregunta metafísica, sino pregunto por la esencia de la metafísica.

Como Ud. puede ver, estas preguntas son muy difíciles y en el fondo inaccesibles para el entendimiento común. Se requiere un "no dejar de pensar", una larga experiencia y una auténtica polémica con la gran tradición. Uno de los más grandes peligros de nuestro pensamiento actual es que precisamente el pensar —en el sentido filosófico— no posee ninguna relación real y originaria con la tradición.

PREGUNTA: Evidentemente su tarea se concentra en la destrucción de la subjetividad, y no a lo Antropológico o Antropocéntrico escrito hoy con mayúscula,

tampoco a la concepción de que el hombre poseería ya su esencia en el conocimiento de sí o en las prácticas que conforma. Por el contrario, Ud. remite el hombre a la consideración de la experiencia del ser-ahí, en la cual se reconoce como individuo abierto al ser, y donde el ser se da como el no ocultamiento. Toda su obra sería la prueba de la necesidad de tal transformación del hombre en la experiencia del ser-ahí. ¿Ve Ud. indicios para la realización de estas premisas necesarias?

HEIDEGGER: Nadie sabe cómo se desarrollará el destino del pensamiento. En una conferencia que yo dí en París en 1964 bajo el título: *El fin de la filosofía y la tarea del pensamiento*, y que entre otras cosas fue leída por otra persona directamente en francés, hago una diferencia, como se puede desprender del título, entre filosofía, es decir metafísica, y el pensar tal como yo lo entiendo.

El pensar, opuesto en dicha conferencia a la filosofía, y esto es posible pues allí se intenta una clarificación de la esencia del término griego *αληθεια*, es esencialmente y en relación con la metafísica, mucho más simple que la filosofía, pero precisamente por esta simplicidad, es en su ejercicio, mucho más problemático.

Esto exige no la invención de nuevos términos como pensaba anteriormente, sino un nuevo tratamiento del lenguaje, un regreso al contenido original de nuestra propia lengua en proceso continuo de disecamiento.

El pensador futuro que continúe este pensamiento que yo he intentado preparar, se merecerá aquello que una vez expresó Heinrich von Kleist:

"Le cedo el paso a aquel, ausente aun, y me inclino, un siglo antes, ante su genio".

Juego de palabras intraducible: Werkmal = rasgo, indicio; Denkmal = monumento, marca; Denk-mal = piensa eso, piénsalo.

El Monje

LIBROS

Alsina 285

Quilmes

NOVELAS — POESIA

ENSAYOS — HISTORIA

REVISTAS LITERARIAS

PSICOLOGIA

ARTE

El Ornitorrinco

en venta exclusiva en Quilmes

aparece en julio



Las peras del mal
Liliana Heker

el cid editor

suscripción

EXTERIOR

12 números: 30 dólares — 6 números:
18 dólares.

ARGENTINA

12 números: \$ 60.000 — 6 números:
\$ 35.000

Giros o cheques a nombre de Liliana Heker.

cuentistas inéditos

SUSANA SILVESTRE: Nació en Buenos Aires, el 10 de noviembre de 1950. Se podrían consignar diversas vicisitudes de su vida; pero tal vez resulte más significativo apuntar que, para ella, la única vicisitud que en este momento realmente cuenta, el único hecho que, según considera, debe figurar acá, es el de haber elegido la literatura.

susana silvestre

había
una flor
para mí

Cuando se levantaba así, Ani tenía que sus ojos la delataran. Se empeñaba en no mostrarse de frente, en investigar el espejo, y se repetía que es terrible no recibir de una más que la imagen que tienen los otros. ¿Qué veían los otros? ¿Qué veía Rafael? Por el momento el diario, tarea que, si Ani no hacía mal los cálculos, le llevaría una hora y tal vez más. Hojear los titulares, detenerse en la página de los cines y comentar que es apabullante la cantidad de espectáculos que hay en Buenos Aires; seguir, y volver a interrumpirse para mostrarle a Ani los dibujos de Crist, Fontanarrosa o Tabaré. Después sí, volver sobre los titulares (Irán), como si adentro sucedieran más cosas de lo que se dice afuera. Y claro que sucedían: mientras no se le ocurriese mirarla... Al menos hasta que ella descubriese por qué esa sensación. Tenía que descubrirlo antes que él, así estaría menos indefensa. Si uno puede hablar, explicarse un sentimiento poderoso, es como ponerlo en las manos. Está, pero controlado. Uno lo mira, lo tiene ahí (como a los titulares), lo ha descubierto, no deja de sentir una especie de alarma, pero atenuada. Es como si te dijeran qué fea es tu nariz cuando una ya se ha mirado al espejo y ya se ha dicho qué fea es tu nariz.

—¿Qué pasa, Paola? —dijo Ani.

La nena le tiraba del camisón. Ani se dio cuenta de que aun no se había vestido. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda sobre el vidrio de la ventana. Paola, encantada, probó llevar juntos dos muñecos y un perro de cuerda, después de varios intentos los volvió a la caja y empezó a arrastrarla. Se elevó sobre sus talones mientras decía uuup, dejó la caja sobre las piernas de Ani y se acaballó en sus rodillas, después le agradeció con un beso mojado el trocito a Belén. Ani pensó en leer. Pero habría bastado tomar un libro para que Paola se lo apropiara. Y además se estaba bien así, probando leer el diario desde abajo y al revés. Las letras más chicas generaban malentidos: leer hambre por

hombre y empeñarse en descubrir si era "a" o era "o". Ahora lefa City. Rafael dio vuelta la página.

—Rafael —preguntó Ani—, ¿decía City-Bell ahí?

—¿Dónde? —dijo él.

—En la otra página.

—No vi.

—Mostrame, por favor.

—¿Ahora, Ani?

—Sí, ahora.

Rafael dio vuelta la página.

—Es un aviso de un loteo —dijo.

—Acercámelo, por favor, no puedo levantarme —dijo Ani, y leyó: "...aire, sol, amplias arboledas..." y se veía la entrada por una ancha avenida y un grupo de casas con tejados a rayitas. Deben ser rojos, pesó Ani, y el camino de tierra.

—Rafael —dijo—, es mentira que hay asfalto en City-Bell, el camino es de tierra.

—Hace quince años, Ani.

—¿Cómo sabés?

—Me lo contaste cien veces.

—¿Qué te conté?

—Que fuiste una vez, con tu padrino.

—¡Ah! Pero fui otra. Bueno, en realidad no estoy segura de haber ido, la segunda vez, quiero decir, la primera sí. Es extraño, no recuerdo de City-Bell más que el camino de vuelta. No estás oyéndome.

—Sí, Ani, pero ya me lo contaste.

—Perdón, es que me aburro.

—Te paso un pedazo —dijo él.

—Sí, mejor. Dame.

Pero es difícil partir un diario en dos. Ani empezó a leer una nota que continuaba en el pedazo de Rafael y el comienzo de otra que, aparentemente, seguía en el que tenía ella, sólo que no podía encontrar dónde, seguro que en el pedazo estrujado que tenía Paola, tal vez en las tiritas que refegaba contra la pared.

—¡Paola! ¿Qué estás haciendo! —gritó Rafael—. Podrías cuidarla —dijo.

—Paola, eso no se hace —dijo Ani sin convicción.

Le quitó el bollo y las tiritas y le dio cuerda al perro. El perro empezó a caminar en círculos perfectos, moviendo la cola y haciendo guau guau. Ani se dio vuelta hacia la puerta-ventana, escribió City-Bell en el vidrio y dibujó un camino de tierra y unos tejados rojos. Y ahora sí.

Ese City-Bell imaginario en la ventana era la primera vez.

Había ido a regañadientes. En lo de tía Lina se estaba bien. Como hacía calor, habían bajado a medias las persianas hasta dejar oblicuas las tablitas y los reflejos de sol sobre la mesa. Cerveza para mamá y tía Lina y, para ella, mezclada con naranja. La tía Lina había entrado silenciosamente al dormitorio, y había vuelto con dos cajas de fotografías. Desde donde estaba Ani, se veía el primer peldaño de la escalera que bajaba a la calle. Allí, decía mamá, había visto las lindas zapatillas de tía Lina el día que se negó a abrirle. Pero ahora mamá no estaba enojada con ella, al contrario, pensaba que su hermano había hecho muy bien en casarse con la tía Lina, y Ani también pensaba lo mismo. Además la tía Lina era tan linda... Todas las fotos eran de ella: la tía Lina en Mar del Plata, la tía Lina junto a la ventana, frente al espejo, agarrándose de un angelito en un parque, en traje de noche bajando las escaleras, el casamiento con el padrino; ésa, la tía Lina la pasó rápido porque mamá no figuraba entre los invitados y, repentinamente, se había quedado detenida en una foto que mostraba el mar. Era una fotografía tonta, de ésas que sacan los novatos, donde el tumultuoso movimiento del agua queda reducido a un horizonte líquido con crestitas indignas, pero Ani miraba a la tía Lina y en ella sí estaba, entera, la fascinación del mar. Uno ve lo que quiere ver, pensó Ani, uno piensa y los pensamientos van por fuera, desde el pelo hasta los pies, y uno cree que los demás no ven. En eso se había levantado el padrino y la tía había guardado rápidamente las fotografías y se había contemplado un momento en el espejo ovalado.

En la mitad de su vaso de cerveza el padrino había dicho: Ani, ¿quieres acompañarme a City-Bell? Y aunque se estaba bien así, ella había contestado, *bueno, padrino*, sin pensarlo. Se levantó de su silla a regañadientes.

Pero el camino era hermoso y en el auto se estaba tan bien como tomando naranjada y mirando fotografías. Ani se dejó resbalar hasta que la cintura quedó apoyada en el asiento. Ahora no veía más que pasar los árboles. Casi no habló durante el viaje, contestaba con monoslabos a las preguntas del padrino aunque en un solo momento, sí, había tomado la iniciativa. Para evitar que el padrino cambiara de estación, porque estaban tocando "Anochecer de un día agitado". Y el padrino se rió: Me cuesta pensar que ya no sos una nena, había dicho, y Ani también se rió. Claro que no era una nena, si ya tenía novio, pero le dio vergüenza contárselo y además se estaba tan bien así... Tuvo la precaución de no mostrarse demasiado de frente.

Rafael había terminado de leer y la miraba. Ani se sintió espía.

—Dame el diario, si terminaste —dijo.

—No dice nada nuevo —contestó él.

—¿Y entonces? ¿Qué estuviste leyendo estas dos horas?

—¿Empezamos? Ahora resulta que no puedo leer el diario.

—Claro. Para vos es muy fácil. Mientras lees yo cuido la nena.

—¿Cuidar la nena? Te la pasaste mirando el aire con esa cara de ida.

Ani, sin contestar, abrió el diario.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Rafael.

—¡Pero si acabamos de desayunar! ¡Qué sé yo qué vamos a comer! ¡Mierda!

El la miraba, sorprendido de veras.

—¿Estás loca? ¿Qué te agarró?

—¡Qué me agarró! ¡Qué me agarró!

—dijo Ani tirando el diario.

—¿A dónde vas? —dijo él—. Vení, no seas boba.

Ani se tiró en la cama. La persiana estaba baja y en la calle seguro que alguien pateaba una pelota amarilla.

Hubo otra vez, pensó Ani, y tampoco puedo recordar más que el camino de vuelta.

Aquella tarde, la primera, cuando volvimos con el padrino lo único que me importaba era ir a casa. Casi la tiro a mamá por la escalera para que nos fuéramos, y ella me dio un sopapo, la primera vez que la tía Lina la invitaba a cenar y yo diciendo que cómo lo íbamos a dejar solo a papá mientras pensaba ojalá lo parta un rayo que si viene Eduardo seguro que le dice Ani no está, sin más explicaciones (*...se balanceaba sobre las piernas al hablar, con los brazos cruzados delante del pecho, y la miraba a una como si estuviera muy lejos, siempre sonriendo a destiempo, dejando las frases por la mitad cuando consideraba que estaba completo el sentido.*) "No vino nadie". Su padre lo había dicho tranquila-

elvio gandolfo

dos poemas

SINDROME DEL MACHO ABANDONADO

Alucinaciones auditivas,
bruto dolor de las muelas
existenciales,
incapacidad de soportar
el misterio,
entremezclamiento agudo
de las glándulas
románticas
analíticas
y sudoríparas
desorientación sobre
lo trivial y lo sustancial,
alergia al silencio vacío,
las prendas ajenas abandonadas,
la atmósfera "familiar",
temor opaco,
cierre de la garganta
ante la hembra ida,
nueva creencia
tibia
en la aventura,
disminución de resistencia
en hígado y corazón,
aumento de aguante
en piernas y brazos
para largas caminatas,
permeabilidad absoluta
al bolero, la nostalgia,
y la vuelta al pasado,
nudo en la lengua,
respiración corta,
martillazo en el dedo mayor
de la mano izquierda.

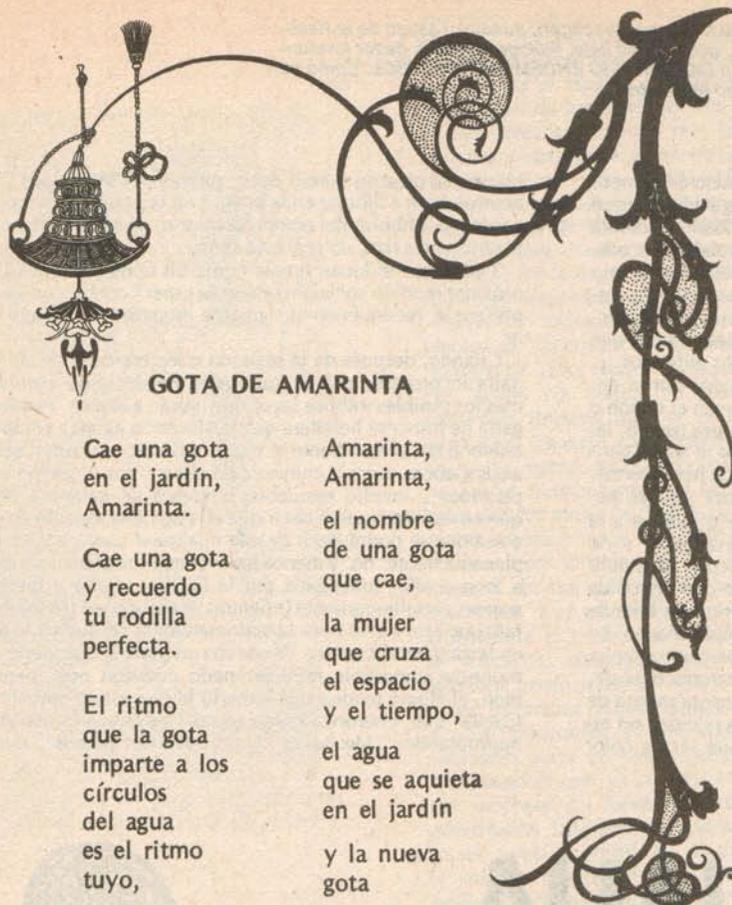
mente —maquiavélicamente, pensó Ani—, y encima: "pero se hubieran quedado, si yo me arreglo solo". Y su madre: "¡Tu hija!, si no me vengo me tira por las escaleras, ahora entiendo por qué tanto apuro". Y Ani: ¡Va a venir!

Rafael entró con Paola en los brazos. Ahí está mami, dijo, mostrale la flor que le trajimos.

—Me duele mucho la cabeza —dijo Ani—. Después. Por favor, Paola, andá con papá que a mamá le duele la cabeza. Duermo un ratito y se me pasa. Andá Paolita.

Le escribía cartas. Después que Ani le contó lo lindo que era City-Bell, él enca-

bezaba las cartas diciendo: City-Bell, mil novecientos... sesenta y cuatro debía ser si Ani había nacido en el cincuenta. Y se lo había contado esa misma noche, porque él vino. Ella había salido en camisón. Estaba segura que ibas a venir, había dicho bajando la cabeza, y él la había abrazado, y la confusión de sentirse desnuda bajo el camisón la había impulsado a decir cualquier cosa, esa estupidez! Me sentía descompuesta, había dicho, y él, repentinamente violento, dijo que "descompuesto" era otra cosa, descompuesto es estar en mal estado, en estado de descomposición biológica. Pero Ani no había visto en eso ningún rasgo de locura, ni cuando desapareció después y le mandaba



GOTA DE AMARINTA

<p>Cae una gota en el jardín, Amarinta.</p> <p>Cae una gota y recuerdo tu rodilla perfecta.</p> <p>El ritmo que la gota imparte a los círculos del agua es el ritmo tuyo,</p> <p>Amarinta,</p> <p>en noches estivales y lejanas.</p>	<p>Amarinta, Amarinta, el nombre de una gota que cae, la mujer que cruza el espacio y el tiempo, el agua que se aquieta en el jardín y la nueva gota cayendo del alero a conjurar tu rodilla perfecta.</p>
--	--

ELVIO GANDOLFO: Nació en 1947. Dirigió, en Rosario, la revista *El lagrimal trifurca* y las ediciones de igual nombre. Poemas y cuentos suyos integran los volúmenes colectivos *De lagrimales y cachimbas*, *Los cuentistas de Rosario*, *Poesía viva de Rosario* y *La huella de los pájaros*. Con Samuel Wolpin preparó el libro *45 cuentos siniestros* y, con Jorge Sánchez, *Los universos vislumbrados (antología de la ciencia-ficción argentina)*. Prólogo diversos volúmenes y, entre otros autores, tradujo a Yannis Ritsos, Isaac Asimov, Tennessee Williams, Maurice Leblanc, Blaise Cendrars.

cartas: "Desde el mar", "desde los pájaros". Qué ridículo parecía ahora.

Recordaba aquella tarde, al poco tiempo de conocerse. Habían quedado en encontrarse en el puente de Lugano, a la salida de la escuela. Siete menos cuarto, porque Ani tenía séptima. Debía ser invierno porque a cinco cuadras de la escuela era de noche, y Ani, sin verle la cara al que venía y apenas la silueta, supo que no era él. Esa había sido la primera carta desde los pájaros. La había traído Rafael. Habló de una enfermedad de Eduardo y de un alejamiento transitorio para descansar. Ani había dicho: la culpa es de los padres que lo tratan mal, y en el colectivo ochenta había devorado

la carta, deseando que ese viaje no terminara nunca, y la había seguido leyendo a oscuras y todos los días hasta que volvió, inesperadamente, para el 21 de septiembre.

Habían organizado un picnic en la escuela. Esa mañana Ani se levantó contenta, estaba lista una hora antes. Silvia vino a buscarla y habían tomado el colectivo 80 hasta dónde esperaba el micró. Ani iba silenciosa, la suma de los números del boleto daba cinco, lo que en el alfabeto corresponde a la letra E, con la pequeña trampa de omitir la Ch. Si consigo dar cinco golpes antes que el colectivo se detenga. Cinco exactos, ni uno más ni uno menos, y al quinto lo vio por la

ventanilla. Sentado en el cordón de la vereda, haciendo sobresalir sus larguísimas piernas, siempre con esa sonrisa lejana.

Ani se había acercado despacio, clavándose las uñas en las palmas. El la miraba como si se hubiera ido ayer y Ani había dicho: ¿Dónde vas? ¡Siempre tan estúpida! A dónde iba a ir un 21 de septiembre esperando al costado del micró. Pero esa vez a él no le había parecido tonta. En los bosques ella le había preguntado dónde estuvo, y él siempre con su sonrisa lejana y dejando las frases por la mitad. Después había vuelto a desaparecer, a escribir sus cartas cada vez más incomprensibles, todas desde City-Bell. Y Ani había creído que City-Bell era como el mar, era desde todos los pájaros, hasta que Rafael lo dijo, cuando le trajo una de las tantas cartas. Se habían sentado en la plaza, él se empeñaba en hablar y Ani tenía ganas de que se fuera para leer la carta a solas, pero Rafael no se iba ni paraba de hablar.

—Ani —dijo—, yo leo todas las cartas antes de dártelas, dudé en entregarte ésta.

Ani había sentido una corriente líquida en la espalda.

—Ani —dijo— City-Bell es el manicomio.

—Estúpido, estúpido, qué me importa. Te creés que no lo sé, que no lo sabía.

—Sí —había dicho Rafael—, sí —y le tocó el pelo.

Pero hay una carta que no leíste Rafael, porque la fui a buscar yo, a City-Bell, sólo que me quiero olvidar de lo que vi allá. Sus pájaros están carbonizados, el mar es una pileta sucia donde se bañan desnudos, lo más limpio son las hojas que flotan en la superficie. ¿Y qué? A lo mejor si estuviera acá, como estás vos, lo querría menos. Sólo que esto, Ani no lo había dicho.

Después habían cesado las cartas y Ani no lo vio más, y de nada le había servido encontrarlo casualmente ocho o nueve años después. Sentados en un bar, él había dicho que ahora estaba mejor. Llevaba una especie de discreto portafolio con el que recorría Buenos Aires vendiendo alguna cosa. No me detengo en las plazas, había dicho, pero estoy mejor. Y Ani pensó que no y quizá se lo dijo.

El misterio, esa cosa misteriosa que es el amor. Ese rito repetido del encuentro y las desapariciones. Encontrar el amor en todas partes y que se escape siempre.

Había necesitado quince años para revertir esa imagen del amor. Necesitó poner las cosas del revés, hacer mil veces el camino de regreso y olvidar a fuerza de recordar. Rafael, qué contradicción, nunca le había escrito cartas ni hablado de los pájaros, apenas una barrita de chocolate. Decía: "Desnudarte es como desenvolver una barrita de chocolate."

En el tocadiscos sonaba "Chiquilín de Bachín". Rafael miraba por la ventana, Paola hacía tiritas con la hoja que decía City-Bell. Ani dijo:

—¿Había una flor para mí?

En sus horas de ocio (frase cuyo alcance mejor no investigar), nuestro Testigo de la Realidad Nacional, Bernardo Jobson, cuentista, gourmet en baja, filólogo amateur, dador involuntario de sangre, redacta para lo porvenir un DICCIONARIO ENDEMICO DE FUTBOL. Como se estilaba con todo diccionario, lo hemos abierto en la letra P.

PIZARRON. Aquí tendría que venir un sùtil espacio en blanco, ornamentado quizá con varios puntos de interrogación, porque mi cada día más sospechoso Diccionario de la Real Academia Española carece sin remordimiento del tan popular cuan nostálgico sustantivo, si es que es sustantivo, con esta gente una nunca sabe. La definición probable está en Pizarra, a la cual llegaremos inmediatamente pero no sin antes hacer una escala técnica en Píxide, que viene a ser un copón o caja pequeña en que se guarda el Santísimo Sacramento o se lleva a los enfermos, y, sí, en especial a aquellos que ya están consumidos por la enfermedad lo cual les permite entrar cómodamente en el copón o caja pequeña. Pizarra, decíamos, es trozo de pizarra oscura, la cerante tautología que nos hace tomar el ascensor ut supra para enterarnos de que el objeto investigado es una roca homogénea, etc., que procede de una arcilla metamorfoseada por las acciones telúricas, siendo telúrica lo perteneciente o relativo a la Tierra como planeta, definición un tanto generalizante y no comprometida, de modo que trozo de pizarra oscura, algo pulimentado, de forma rectangular y ordinariamente con marco de madera, en que se escribe o dibuja con el pizarrín, y a falta de éste (o de otros puntos cardinales) con yeso o lápiz blanco. Lo cual significa que si usted hace un dibujo o escribe con tiza color magenta (que según la R.A.E. es un color que tampoco existe, con lo cual algún día podremos escribir nuestra opera magna de misterio y esoterismo, "El pizarrón Magenta") en realidad no está haciendo nada de lo previsto porque tiene que ser de color

blanco, el pizarrín quiero decir, motivo por el cual los D.T. que acostumbran a dibujar en la pizarra oscura con tiza de color o pizarrín los símbolos del equipo contrario, no están utilizando ni el pizarrón ni la tiza, no se si está claro.

Y para que el lector quede como un duque en el exilio en la próxima reunión social en la que se espera contar con su amable presencia, recomiendo el siguiente esquema de ataque de chata:

Cuando, después de la segunda o tercera copa de ablande, la naifa inconstante con la cual usted ha decidido estrechar aun más los posibles íntimos lazos que unirán a ambos, empiece a jugarla de princesa heredera que busca en su agenda el número de teléfono del pretendiente al trono más cercano, usted acérquese a sus glaucos oídos y murmure en ellos: "Vos sí que no sos nada pizarrosa", inédito requiebro pletórico de galanura palaciega que en realidad quiere decir que ella no tiene aspecto de pizarra, o sea que se podrá decir de ella cualquier cosa peor no que sea plana de frente, no, y menos todavía que sea plana cuando se va; a lo que ella, subyugada por la lisonja, tendrá a bien corresponder versallescamente (mientras se escucha el fru fru de su mirraque que viene a ser la sintomatología de que ya la tenemos en la ganchera) con un: "Y vos sos un piure", que viene a ser un molusco comestible muy estimado cuestión que, pensándolo bien, el elogio tendría que haberlo hecho usted, embarazosa situación que, cheronca como somos, salvamos inmediatamente murmurando: "Me hacés sentir como un pizote", que es un

MARGINALIA



plantigrado semejante a la ardilla, pero mucho mayor y muy glotón, característica esta última que usted debe enfatizar porque la papirusa está poniendo pese a todo cara de querer decirnos: "No seas turro", que viene a ser una piedra que en Colombia se usa para jugar al marro, tângano o chito. Pero no al cheto ni menos al queto; aclaremos, o mejor aclarárselo a ella para que no dude de sus intenciones, y aprovechando que está en esa etapa de la indecisión femenina cuando no sabe que explicación dará a sus padres por haberse rendido al llamado de Afrodita, espétele que "tiene ganas de pizarla", que es lo mismo que si le dijera que tiene ganas de pellizcarla y sin tomarse respiro, pero con una sutilísima interrupción en el discurso, agregue: "pizpireta". Es decir, para no alterar el ritmo del discurso tiene que articular: "Tengo ganas de pizcarte, pizpireta", ¿de acuerdo?, pero como esta última palabra le va a hacer creer a ella que usted se equivocó, eso le da el tiempo suficiente para que usted cambie el tono de su voz y, vamos todavía, el disco está ahí nomás, le diga demole-doramente: "Vos sí que no sos nada pizarrosa", reiteración que para ir a la balanza y cobrar sólo necesita de esta última sugerencia:

— Vení que te voy a dar con el pizarrín.

(Del DICCIONARIO ENDEMICO DE FUTBOL, de Bernardo Jobson, de próxima aparición en Ediciones La Flor.



¿QUE SERA ESE RUI...

La editorial norteamericana "The Greystone Press", ha arrojado un objeto mortífero, que bajo el nombre de The home doctor ("Enciclopedia Médica del Hogar"), fue construido por los doctores Herman Pomeranz e Irving S. Koll, y cuya peligrosidad mayor reside en el hecho de que, oculto en una librería, adopta con astucia el aspecto de una enciclopedia. El artefacto tiene un apéndice donde se explican las precauciones que deben tomarse cuando explota sobre usted, o sea en sus aledaños —como ser: barrio, ciudad, piernas, piso de arriba, columna vertebral, plataforma submarina o nación vecina hasta un radio de tres o cuatro mil kilómetros— una bomba atómica. Leemos en la página 631: Después de una oleada de calor se produce una tremenda onda de choque. Acompañan a esta onda vientos de 1.200 kilómetros por hora, decayendo (i) hasta los 160 kilómetros por hora. Varios segundos después se produce otra corriente de viento, hacia el centro de la explosión, de 600 kilómetros por hora. Después de 10 segundos, el peligro inmediato pasa. Las personas que se encuentran bajo el nivel del suelo —como ser topos, lombrices, civilizaciones perdidas, el diablo, el pitecantropus erectus o cualquiera de sus contemporáneos: australopitecus, neardentalianos, hombre de Java, etc., y las famosas ruinas de Pompeya, por aquello de que quien ríe último ríe mejor, y también la Atlántida— tienen buena posibilidad de sobrevivir siempre que no se encuentren casi directamente bajo la zona de la explosión. Ejemplo explicativo: en caso de que un señor o señorita se encuentre en varios metros bajo tierra, en la zona correspondiente al partido de Temperley, no corren ningún peligro si la bomba fue arrojada en el Mar Adriático. El libro dice: En un radio de 800 metros la devastación es completa. En un radio hasta 1.600 metros, todos los edificios quedan destruidos. La ola de calor es más intensa, pero disminuyen las radiaciones. En un radio hasta 2.400 metros, la mayoría de los edificios de ladrillo, de construcción o estilo antiguos, quedan destruidos. Los escombros constituyen un grave riesgo y las radiaciones dejan de constituirlo (?). El calor es todavía peligroso, pero no letal. Estallan centenares de incendios dispersos, causados por la rotura de caños de gas, tanques de petróleo, cortocircuitos. Todos los artefactos de la vida diaria —a saber: plancha, niños de ambos sexos, lamparitas, el portero, mantelería fina y compatriotas— quedan destruidos y con daños de importancia. Media hora después de la explosión corre un viento entenso hacia el centro de la zona dañada, difundiendo los incendios que ya se habfan producido. Indicaciones útiles en caso de ataque por sorpresa: La llamada engeuecedora de la explosión constituye la primera advertencia. Una persona que se encuentra al aire libre, debe dejarse caer al suelo (o ser arrojado contra él, siempre que el viento de 1.200 kilómetros por hora no lo estrelle contra un país limítrofe) boca abajo y cerca de una pared, si es posible, para protegerse de la caída de piedras y ladrillos. (No así de la caída de la pared, la bomba y otras precipitaciones exteriores). Las personas que estén en la calle deben correr hacia un zaguán, si éste se halla a uno o dos pasos. Los que están en su casa deben resguardarse bajo una cama o mesa, o detrás de un sofá u otro mueble grande, que pueda servir de protección contra los vidrios rotos que caen. (...) Si está manejando un coche, hay que estacionar en el menor tiempo posible, pero no donde se pueda obstruir una esquina o calle. Se dejan las llaves en el coche y se trata de buscar refugio a la brevedad. Si está viajando en ómnibus, tranvía o taxímetro, hay que descender y resguardarse. (...) Si hay sótano, hay que bajar a él. Se lleva una linterna y, si es invierno, una provisión de ropa de abrigo. (...) Hay que cuidar de no verse atrapado por un incendio pero tampoco hay que escapar y dejar que una pequeña conflagración (sic) quemé toda la casa si se puede controlar fácilmente con arena o con agua. O también: "Qué pecado pecar por pecosa / pudiendo con Pecol ser tan hermosa". Si hay que abandonar el edificio, conviene recordar que en el exterior hay nubes de polvo o rocío, y cubrirse la boca y la nariz con un pañuelo. El polvo se debe, por lo general, a los derrumbes, y es inofensivo, pero igual conviene ser cuidadoso; una explosión baja puede haber difundido suciedad o niebla radiactiva por el aire. Una vez que el enemigo se ha retirado de la zona, hay que cambiarse la ropa en la primera oportunidad, bañarse o ducharse, cepillándose bien —pero teniendo cuidado de no arrancarse las partes flojas—, con abundante jabón. Contra la niebla radioactiva, creada por una explosión en el aire, no hay medios ciertos de protección, pero es aconsejable resguardarse en un lugar cerrado, en la forma más hermética posible. Hasta encontrarse fuera de la zona contaminada, hay que mantener tapadas la boca y la nariz. Cosa que produce la ya tradicional muerte por asfixia. El apéndice termina así:

QUE SE DEBE HACER: 1) Mantenerse tranquilo. 2) Si hay tiempo, ir a un refugio. 3) Si no hay refugio subterráneo próximo, introducirse en la planta baja de un edificio o en un zaguán, si no hay oportunidad mejor. 4) Si se presencia el estallido de la bomba, y no hay ningún tipo de refugio a uno o dos pasos de distancia, dejarse caer (muerto) al suelo o a una acequia. 5) Dar la espalda a la explosión y cerrar fuertemente los ojos. Cubrirse la cabeza, la cara, el cuello, los brazos y cualquier otra parte expuesta del cuerpo. **QUE NO SE DEBE HACER:** 1) No hablar por teléfono. 2) No abrir el agua después de la explosión, si no es para combatir un incendio. 3) No comer o beber en zona contaminada. 4) No usar instrumentos de metal en zona contaminada. 5) No tocar objeto alguno después de la explosión. 6) No tratar de viajar en auto: es inútil. 7) No excitarse ni asustar a los demás. Si no se nota mejoría conviene llamar al médico.

En el Nº 7 de EL ORNITORRINCO publicábamos un artículo de Guillermo Boido, *Poesía o no: una historia secreta que recomienza*. El propio Boido sabía que ese artículo iba a suscitar controversias. Tal vez ésa sea la más evidente de sus virtudes: que es muy difícil permanecer indiferente ante ese texto. No es improbable que un mismo lector, durante su lectura, haya pasado del deslumbramiento a la indignación, y que otro haya recorrido, con igual pasión, el camino inverso. La polémica, pues, quedaba abierta. Nos gusta abrir esta polémica con la respuesta de Zattara, no sólo por la posición que sustenta, y que se sugiere desde el título, sino porque Zattara pertenece (y representa a través de su excelente revista *Nova*) a la generación más joven de escritores argentinos.

enrique d. zattara

¿historia del sentido o sentido de la historia?



Ahora parece que —nuevamente— a todo el mundo se le da por hablar sobre las nuevas "generaciones" de escritores. Y como en este país todo se desvaloriza rápidamente, los antiguos diez años que cada "generación" parecía detentar se van reduciendo cada vez más. Por ejemplo, ahora resulta que en la década del 70 hubo dos "generaciones", cada una de las cuales reivindica para sí el susodicho número. Y como "los del 70" de ahora se han dedicado a sacarse fotos en algunas revistas (vg. *Propuesta*, *Clarín*), "los del 70" de antes han levantado la voz y decidido hablar en serio sobre sí mismos (seminario de Kovadloff, diversas notas de Boido, etc.). Y opinión va, opinión viene, es casi imposible quedarse callado.

Bromas y obtusas clasificaciones "generacionales" aparte, lo cierto es que coexisten en la última poesía actitudes dispares (cosa nada criticable); pero por sobre todo, los "nuevos" poetas asistimos con atento asombro a una especie de reversión extraña en las posiciones de los que serían nuestros "antecesores" inmediatos. Una precisión, primero: cuando hablo de "nuevos" poetas me refiero a los que recién empiezan a plasmar su experiencia de un modo más elaborado, es decir aquellos que hoy tenemos entre veintidos y treinta años (vale decir —no elijo la fecha por casualidad— entre dieciocho y veinticinco en el 76). Como —aunque muchas veces los conocemos menos de lo que debiéramos— esos "antecesores" inmediatos son quienes nos transmitieron las concepciones, cuestionamientos y polémicas que atravesaron la poesía de la década, creo que tenemos algo de derecho a cuestionarlos a su vez a ellos.

En una nota que publica *Arte Nova* 5, Jorge Ricardo pregunta: "¿Está tan desconcertada la nueva generación que necesita renovar interrogantes de hace quince o veinte años...?". Creemos que sí, que hay desconcierto, pero no es por eso que renovamos interrogantes que además no son tan recientes sino más bien pertenecen a la historia del arte. Si —según parece concluirse de esa pregunta— nuestros inmediatos predecesores han resuelto

la cuestión permítasenos al menos disentir con la solución hallada, si la postura es la que expresan sus últimos escritos teóricos.

Creemos también, por supuesto, que no todos "los del 70 de antes" piensan de la misma manera, pero valdrá la pena revisar algunos artículos representativos. Hay uno, definitorio: el que Guillermo Boido escribiera para *El Ornitorrinco* 7. Allí, el autor, uno de los poetas más importantes de la "generación", postula a la poesía como integrante de cierta "historia secreta del sentido" que se opondría en términos radicales a la que llama "historia visible de la opresión y el sojuzgamiento". Historia secreta que —por lo que se desprende de la totalidad de la nota— es cultivada por poetas, científicos o filósofos, presuntamente al margen de la ideología.

"Sin Napoleón tendríamos quizás un motivo menos para avergonzarnos de pertenecer a la especie humana, pero nuestro mundo no sería muy distinto. Sin Faraday, o sus contemporáneos Goethe, Hegel o Beethoven, no sería siquiera concebible", afirma Boido, sin reparar en que está diciendo más o menos que es más importante "La Marsellesa" que la Revolución Francesa, o que el desmembramiento del Imperio Romano carece de trascendencia en la historia universal al lado de las "Correspondencias" de Baudelaire. Es, precisamente, invertir peligrosamente los términos de la reducción a una historia meramente fáctica que Boido intenta destruir. Es cierto, sin duda, que la "historia del poder político" es nada más que una selección convencional, un recorte en la infinitud de lo real, pero hay que ver hasta qué punto ese recorte es tan arbitrario. El autor se pregunta "por qué el prototipo (de la historia), es ése y no, por ejemplo, la historia de la poesía", y menciona tres razones: 1) "el poder actúa sobre todos y la poesía sobre unos pocos"; 2) "en el hombre existe cierta propensión a reverenciar el poder porque ofrece protección ante el desamparo de la condición humana", y 3) "la mayoría de los historiadores escribieron y escriben bajo la vigilancia de reyes, tiranos y gene-

rales ávidos no solo de eternizar sus proezas militares sino también su sentido de la equidad y la justicia". Al margen de olvidar que (por lo menos hasta la época de la burguesía) también los artistas ídem, se olvida allí la razón principal (la única) que explica su incógnita: que la historia del poder político es la que sostiene a las demás. Y eso ocurre porque la "historia del poder político" no es la historia de unos individuos más o menos activos, más o menos asesinos, o más o menos influyentes, sino porque en ella se manifiestan los momentos toques del desarrollo de la sociedad en su conjunto, desarrollo que incluye, claro, todas las demás "historias secretas" de las que habla el articulista. Afirmar lo contrario (o desconocer este hecho) es negar su explicación a la historia del hombre.

Sin embargo, Boido insiste: "Si la historia visible de la opresión y el sojuzgamiento no nos ha exterminado todavía es porque coexiste, interactúa y pugna con otra, secreta, subterránea, invisible, que busca el sentido de la existencia y el mundo por medio de la idea, el pensamiento y la expresión. Es la historia del conocimiento y los valores, de la justicia y los ideales morales o religiosos, de la sabiduría, de los medios de aliviar el trabajo material e intelectual y volver la condición humana más humana". Creo que esa falacia es indefendible, aun estando "dispuesto a admitir" que se trata de dos historias interdependientes.¹

Finalmente, Boido dice de lo que llama "la historia de la opresión y el sojuzgamiento" que "si pretendemos que sea ésa la historia que nos justifique no merecemos siquiera la vida, ni la posibilidad de otorgarle un sentido a la aventura de la especie humana" y que "es la otra (...) la única que nos justifica". Yo me atrevería a preguntar, frente a esta cuestión del sentido, ¿ante quién debe justificarse, no ya un individuo particular, sino la humanidad entera?, ¿ante quién debe merecer la vida? Si Boido me contesta "ante Dios", habrá dado la única respuesta que se sigue lógicamente; pero claro, partiremos entonces de una concepción algo distinta de la realidad, en

cuyo caso todo lo que acá polemizo es inútil.

Otra de las arriesgadas (y centrales) tesis sostenidas por Boido es la de que "la poesía no es un género literario" (notas de El ornitorrinco 7 y Cuadernos del camino 4). Para justificar su aseveración, se pregunta por qué entonces decimos que "es poesía" un trozo de Mozart, una película de Bergman. Argumentación que constituye una simple trasposición de términos de un sistema a otro; exagerando la pirueta, podríamos entonces afirmar que el hecho de que digamos que una muchacha que nos gusta "es un bombón" autoriza a incluirla dentro de la gastronomía.

Un trozo musical no es literatura porque no está construido sobre el sistema de expresiones y significaciones que constituye el lenguaje articulado, y por añadidura, el de la lengua escrita. Por eso mismo no son literatura la pintura, la escultura, los modales en la mesa o las señales de tránsito. La poesía, sin embargo, que yo sepa, es lenguaje, por más

que, como se ha puesto de moda, el poeta proclame "el arrojo de trascender el lenguaje" como intención. El silencio de Rimbaud, por conmovedor que sea, ya no pertenece a la literatura (ni, claro está, a la poesía). Por diferentes que sean a los de otros géneros (y no lo son tanto) los parámetros que nos permiten apreciar una poesía son parámetros literarios. De lo contrario, volvemos a tratar a la poesía como "la resonancia de lo inefable", lo cual equivale a convertirla en una entidad metafísica de la categoría de las ideas platónicas. Desliz en el que también se arriesga a caer Ricardo (Nova 5) cuando dice que la única función de la poesía es "crear belleza", obviando el carácter ideológico de la estética.

Los "interrogantes renovados" por nuestra generación no son, como se ve, tan caducos. Pretendemos simplemente, volver a poner ciertas cosas en claro: por ejemplo, que todo manejo del lenguaje implica expresión y por ende, ideología. Y que, si un poeta no es mejor poeta porque sea más coherente ideológi-

camente, cualquier artista que —en nuestro tiempo— se sienta mínimamente preocupado por el destino de la humanidad, debería reflexionar acerca del hecho de que sus instrumentos, los de la obra de arte, no se manipulan solamente para producir "belleza", sino también para expresar ideas. La forma, dijo alguien, es ni más ni menos que forma del contenido, si no queremos seguir defendiendo la vieja dualidad aristotélica, clave de la metafísica.

Nadie pretende, por supuesto, postular un nuevo naturalismo ni sostener ridículas actitudes populistas frente a la obra de arte: el problema no está por ahí, sino en la conciencia del creador, conciencia de sí mismo y de su propia obra. Si el poeta se olvida de esto, corre el peligro de que le suceda lo que acusa Gombrowicz: (convertirse en) "un ser que ya no alcanza a expresarse a sí mismo porque está entregado a la expresión del Poema".

¹ En el ejemplo acerca del uso de la bioquímica que da en el párrafo 4 de la nota de El Ornitorrinco, el mismo Boido esquiva el bulto al problema. Está claro que el necesario control social de la ciencia "no consiste en limitar radicalmente ciertos aspectos de la investigación, sino en emplear sus logros con sensatez", y que la ironía aristotélica "Cuando la lanzadera camine sola,

los esclavos serán innecesarios" ha sido cumplida (por lo menos nominalmente) gracias a la ciencia y a la tecnología que han hecho que la lanzadera camine sola. Pero afirmar nada más que eso implica ignorar que —al mismo tiempo— todo desarrollo de las fuerzas productivas se relaciona dialécticamente con una transformación en las relaciones sociales, que es legítimada sólo al a partir de

sucesos que hacen precisamente al poder político, actores de los cuales son también aquellos "Atilas de la historia visible" a los que Boido descarta. Emplear los logros de la ciencia con sensatez, y aun más, desarrollar esa ciencia, sólo son posibles en determinadas condiciones sociales, y eso el articulista lo sabe perfectamente.

ULTIMAS PUBLICACIONES

SARTRE POR EL MISMO,	guión del film realizado por A. Astruc y M. Contac.
DIARIOS DE VIAJE,	de Albert Camus.
RELATOS COMPLETOS,	de Franz Kafka.
VIAJE A LA INVERSA,	de Christine de Rivoyre.
BAHIA DE TODOS LOS SANTOS,	de Jorge Amado.
FLORES ROBADAS EN LOS JARDINES DE QUILMES,	de Jorge Asís.
LA MACUMBA DE DON JUAN,	de Claude Demarigni.
OTRA PARTIDA DE DADOS,	de Tomás Alva Negri.

Ganadores del Concurso Internacional de Narrativa "Losada 1980":

Ana María Shua y Alberto Lagunas (Primer Premio compartido),

María Mombrú y Gustavo Bossert (Segundo Premio compartido).



EDITORIAL LOSADA S.A.

BUENOS AIRES ALSINA 1131

Sucursales: Uruguay - Chile - Perú - Colombia

por
los servicios
prestados



abelardo
castillo
(cuento)

El apodo se lo debía a su incapacidad para distinguir el pie derecho del pie izquierdo y al incierto humor del capitán Losa, jefe del segundo escuadrón, con quien está atrapado ahora bajo la nieve, en el socavón, en un desvío del camino a Zapala. Alfonso Juan, se llamaba. Alfonso de apellido. Cómo o por qué lo habían incorporado, nadie se lo explicaba muy bien. El caso es que estaba. Llegó una mañana a hacer el Servicio Militar, o lo trajeron a la fuerza de los toldos. Y se quedó tres años. Como esperando algo. No hacía mal a nadie y lo dejaron que se quedara. Cuidar las mulas del escuadrón, con las que a veces dormía, hacer de cuartelero, y silbar, eran las únicas cosas para las que parecía estar dotado. Verlo comer el rancho de tropa era cómico, quizá temible. Comía sin levantar la cabeza del plato, con algo de chico o de animal de jauría, mirando de reojo a sus compañeros como si en cada uno de ellos pudiera ocultarse un enemigo —o un eventual hermano— capaz de disputarle aquella incomparable inmundicia. Pasto Seco, era el apodo. El capitán Losa, que había llegado a ese destacamento de frontera bajo castigo, sin que tampoco nadie supiera por qué o de dónde, el capitán Alvaro Losa, una noche, hacía tres años, le ordenó atarse al borceguí izquierdo un manojo de pasto seco y otro de pasto verde al borceguí derecho, y mientras se hacía cebar mate por algún imaginaria lo obligó a marchar solo por la cuadra al grito de "seco, verde; seco, verde", con todo el segundo escuadrón tiritando en calzoncillos al pie de las camas, mirándolo. (Y ahora están encerrados juntos en este agujero de casi cuatro metros de hondo, en alguna de las encrucijadas de la ruta a Zapala, suponiendo que la brújula marcara realmente el norte después que el caballo del capitán la pisó y antes de que perdieran brújula y caballo al derrumbarse la primera hondonada: una súbita tormenta de viento y nieve los apartó del pelotón de reconocimiento, se perdieron juntos en los ventisqueros, rodaron abrazados hacia la hoya, algo estalló sobre sus cabezas y Losa y Pastoseco quedaron atrapados en esta grieta. Al-

go se podría intentar, sin embargo, piensa el capitán Losa. Mira el reloj, mira los ojos de Pastoseco y no se atreve a decir nada). Desde aquella noche le había quedado esa mirada al indio. Porque Pastoseco era indio, o medio indio. Descendiente de Pampas o Auracanos, nadie sabía bien. Y el apodo y esa mirada los tenía desde entonces, desde la noche de aquel desfile solitario entre las camas, ida y vuelta muchas veces por el centro de la cuadra de tropa, todo el escuadrón de pie a los costados del pasillo, mirándolo pasar, y él marchando, con un atadito de pasto en cada borceguí: verde y seco. O la mirada no, sólo el apodo. La mirada la traía de antes, desde lejos. Como más fría que los ojos, esa era la impresión. Tenía unos grandes ojos pardos, que parecían claros.

Cosa rara en un indio. Y unos puntitos brillantes, plomizos, alrededor del iris. Y aquello era lo que impresionaba. Esa noche fue también la noche en que el capitán Losa habló de las pelotas y las alitas. Sucedió así: en una de las idas y venidas, el indio, con toda naturalidad, se detuvo. Se quedó parado y no marchó más y Losa, que no lo miraba, siguió repitiendo: "Seco, verde" durante unos segundos. Después, sin embargo, debió notar alguna cosa en el pesado silencio de la cuadra. No aceptó el mate que el furriel le ofrecía, dio vuelta la cabeza y miró al indio, su espalda, porque el indio estaba allá, a unos diez metros, de espaldas al capitán y absolutamente quieto. Losa se puso de pie como incrédulo, gritó qué pasa ahí y gritó marche y desvainó a medias la charrasca. El indio no se movió. "Por lo que veo", dijo el capitán, "tengo la suerte de mandar un escuadrón de soldaditos muy corajudos y rebeldones, muy toros". Ahora hablaba con todos: "¿Es cierto eso?" Nadie habló.

"¿Es cierto o no es cierto?" Y el escuadrón gritó a coro: "No, mi capitán". El capitán se paseaba, pensativo, delante de las camas, sin mirar al indio. Terminó de desvainar y se golpeaba rítmicamente la bota con el sable bayoneta. Sacando el labio hacia afuera, movió la cabeza como abstraído. Después dijo: "Así que no es

cierto". "No mi capitán", contestó el escuadrón. Entonces Losa gritó: "¿Así que no? Quiere decir que yo miento, carajo. ¡Paso vivo en sus puestos todo el mundo!" Y durante diez minutos, todo el escuadrón, en calzoncillos, desfiló marcialmente sobre una baldosa a veinte centímetros de sus camas. Sólo Alfonso estaba quieto: como si le costara entender, se había quedado inmóvil en el centro de la cuadra. Una raya honda, como un tajo, le partía el entrecejo. Los ojos se le habían achicado como ranuras. "Firmes", gritó Losa. El capitán era un hombre alto, corpulento y alto, y más de un recluta lo había visto tumbar una mula empacada de un puñetazo entre los ojos; Pastoseco era más bien esmirriado, o parecía chico al lado del otro. *Demasiado flaquito*, piensa Losa en el hoyo, mirando la saliente, y ve asomarse más arriba la mula de Pastoseco que los ha seguido entre la ventisca y que ahora los observa con la inexpresividad de un ídolo desde lo alto. *Demasiado flaquito*, piensa, *no me va poder aguantar el peso*. Aunque esmirriado no es la palabra. Agotado. No por las idas y las vueltas, agotado como si le viniera de siglos, de estirpe, ya manso o amansado a través del tiempo, la humillación y los degüellos. Cuando Losa llegó a su lado y gritó "carrera mar al fondo de la cuadra", su voz fue tan autoritaria que muchos conscriptos, al pie de sus camas, iniciaron el movimiento instintivo de correr. El indio no se movió. Por un instante, Losa y el indio parecieron solos en el mundo, tan grande era el silencio. Losa, entonces, se calmó de golpe. Metió la mano en el bolsillo alto de su garibaldina y sacó un objeto diminuto, plateado, una especie de distintivo: unas alitas. "Furriel", llamó, y el furriel llegó trotando, se cuadró y dijo: "Ordene, mi capitán". "¿Qué es esto?", preguntó Losa. "Unas alitas, mi capitán". "Hable más fuerte", dijo Losa sin levantar la voz, "que lo escuchen bien todos". "Unas alitas", gritó el soldado, y Losa dijo que había algo más. "Hay otra cosa, ahí debajo", dijo señalando el borde inferior de las alitas: "Mire bien, soldadito". Entonces el furriel se rió y no dijo nada. "¿No ve lo

que hay?", dijo Losa. "Sí, mi capitán", gritó sonriendo el soldado y Losa dijo que lo que había, y miró a todos los conscriptos al pie de sus camas, era un par de pelotas. Con alitas. Y, sin levantar la voz, repitió aquello varias veces. "Un par de pelotas, y este escudito viene a ser una alegoría, un emblema, ¿a que ninguno sabe lo que quiere decir emblema? Un símbolo", gritó. "Y eso, ¿qué quiere decir?: quiere decir que acá, en mi escuadrón, las pelotas se dejan en el cofre durante todo el año". Mientras hablaba caminó en distintas direcciones unos pasos, de tal modo que, al terminar, estaba frente al indio mostrándole las alitas. "Porque acá, el que tiene pelotas, vuela". Guardó las alitas, dijo cuerpo a tierra y con el canto del empeine de su bota le pegó al indio en la caña del borceguí, y el indio se vino en bloque hacia adelante, medio patinó unos metros en el piso de baldosas y cayó de costado, pero sin dejar de mirarlo, mirándolo con aquellos ojos de un color raro y como con estrechitas heladas rodeándole las pupilas. Y ahora, en el socavón, Losa rememora sin querer esa mirada, recuerda que al agacharse junto al indio y gritarle carrera mar se sorprendió de la mansedumbre pétrea de aquellos ojos y le causó piedad el indio, pero vio un segundo sus pigmentos fríos, tan cerca estaban sus caras, y temió que el indio no le acatara la próxima orden: "Carrera, march: al fondo de la cuadra", gritó mirando al indio entre las cejas, desviando imperceptiblemente los ojos de aquella mirada que se superpone a ésta, en el socavón, porque es la misma. La mula, arriba, vuelve a asomarse. Losa piensa que de todos modos no hay más que una forma de salir de allí, pero no se anima a proponer que sea el indio quien se trepe sobre sus hombros.

Capaz de irse solo, piensa. Cien soldados en calzoncillos, hacía tres años, apostaban el alma que el indio no le iba a obedecer: Losa supo que toda su autoridad dependía de que el indio obedeciera sin volver a golpearlo. No repitió la orden. Y el indio que por un segundo dio la impresión de que iba a hacer otra cosa, se puso de pie, corrió hasta el fondo de la cuadra, fue y vino y rodó al compás de la voz del capitán Losa, perdió el gorro, desparramó pasto en todas direcciones, anduvo en cuatro patas y, al fin, sentándose en el piso, resopló y terminó pidiendo "Basta, capitánito", en medio del regocijo de cien conscriptos y de la carcajada increíblemente franca del propio capitán Alvaro Wenceslao del Sagrado Corazón Losa, que esa vez le dijo: "Bueno, pero antes de acostarte me barrés bien la cuadra, Pastoseco", y que ahora está en el pozo con él, apretado y casi abrazado a él, y acaba de decidir que si en una hora no llega una patrulla a rescatarlos va a tener que salir de ahí de cualquier modo. O esta noche, en el parte de retre-

ta del destacamento van a figurar un oficial, su caballo, y una mula menos, piensa. Suponiendo que haya quedado algo del destacamento. Y dentro de una semana, si quedó alguien para avisar a la Guarnición, su mujer va a recibir un telegrama de la Patria. Desaparecido en cumplimiento de misión. Ascendido a Mayor por los servicios prestados. Tan duros que nos van a tener que enterrar en el mismo cajón, piensa, pensando por primera vez en el indio. Por ahí, hasta me lo hacen cabo. Está mirando desde hace un rato la saliente que hay sobre sus cabezas, a unos cuatro metros del suelo. Y desde aquella noche de hacía tres años, el indio empezó a llamarse Pastoseco y a ser el conscripto más envidiado del segundo escuadrón, porque a partir de esa noche o más precisamente de aquel gesto de sentarse resoplando en el piso de la cuadra y decirle "capitanito", Losa, de quien se contaban historias con mulas tumbadas de un solo puñetazo en medio de la frente, a partir de aquel gesto o de aquella palabra —o quizá en razón de esa especie de hermandad que va creciendo indescifrablemente entre el humillador y el que se humilla, entre el animal golpeado y el hombre que lo amansa—, el capitán no daba un paso sin el indio. Y lo hizo su asistente. "Mi lugarteniente", decía, palmeándolo, o decía: "Las botas, Pastoseco", y el indio se las lustraba con una dedicación minuciosa, casi ceremonial, pero sin servilismo y acaso impersonalmente, como nieva o suceden las cosas que están dentro del orden de la naturaleza. Y lo curioso es que Losa nunca se hizo lustrar las botas si las tenía puestas, ni le ordenó al indio sacárselas o ponerse las, o acaso hubo una primera vez en que el araucano decidió que eso ya no entraba en el orden natural de las cosas. Cuarenta y cinco minutos, piensa Losa, y vuelve a mirar la saliente que hay sobre sus cabezas. El indio se ha puesto a silbar. Unos cuatro metros, piensa Losa. El cálculo es fácil: aun suponiendo que Pastoseco fuese capaz de aguantar sobre sus hombros los ciento dos kilos del capitán (demasiado chiquito, piensa) la saliente quedaría, lo menos, a veinte o treinta centímetros de sus manos, y después, y esto sí era seguro, ni dos indios juntos como éste se aguantaban para levantarlo a pulso hasta la cornisa.

—Vení —dice Losa—. Subí acá.

Se arrodilla. Pone las manos a la altura de los hombros, como estribos, y hace que Pastoseco apoye los pies allí.

—Trató de llegar a esa saliente —dice.

Se va levantando, despacio, con el indio encima, mirando hacia la saliente sin perder de vista las manos de Pastoseco. Cuando las manos están a punto de agarrar la saliente, Losa, de golpe, vuelve a arrodillarse y baja al indio

—Se llega —dice Pastoseco.o.

—Sí —dice Losa—. Se llega.

Mira el reloj y le dice al indio que se arrime. El indio había vuelto a sentarse, lejos. Dos metros es lejos en un hoyo que tiene un piso de dos metros. Le dice al indio que se arrime, que se va a helar de frío. No dice: Nos vamos a helar. Te vas a helar, dice. Arrímate que te vas a helar de frío, indio huevón.

—Tu mula tiene una soga, ¿no? —dice

Losa—. Y una pica.

—Tiene.

—Si uno de los dos llega arriba —dice Losa—, le ata la soga a la cincha y tira la soga y la pica acá, al pozo. Y el otro trepa.

La cara de Pastoseco se ilumina. Hace un gesto raro, riéndose con toda la boca. La primera vez que Losa veía reírse así a un indio.

—¿Y si no, cómo, capitánito? —dice el indio.

Al rato sólo le queda la sombra de siempre, el fantasma de una sonrisa en su cara de piedra. Ha cerrado los ojos y Losa teme que se duerma. Si se duerme, se muere, piensa. Y yo también me muero si me duermo.

Saca la pistola y dispara un tiro al aire. El indio no abre los ojos.

—No duermo —dice el indio, con los ojos cerrados—. Y no tiro más que se nos va a venir todo encima. Toda la nieve. Malo también si se espanta la mula.

Lejos, se oye el último de los ecos del balazo. Después un principio de trueno, un fragor que parece acercarse y hacer temblar el fondo del pozo. Después, nada. Sólo el silbido del indio. (Se quedó tres años como podía haberse quedado trescientos. Nunca hizo guardia y no hacía imaginaria más que cuando Losa estaba de semana. Iba y venía silbando y le cebaba mate sin parar. Una madrugada, el conscripto que dormía en la primera cama entró al Detall de Losa. "¿Qué pasa?", dijo Losa. "Que no se puede dormir, mi capitán", y señaló al indio: "el silbido". "¿Cómo era que se llamaba usted?", dijo Losa. "Petrucelli, Omar", dijo el soldado, "Jódase", dijo Losa: "Y ya que está en vela, vístase y cébenos mate a los dos". Y después, mientras Petrucelli cebaba mate: "Eso que ve ahí, soldado Petrucho, es un pampa: un araucano. O lo que queda de un araucano. Cuando Miguel Angel chupaba vermicelli en los andamios de la Capilla Sixtina, los abuelos de éste empezaron a pelear con los míos. Trescientos años los pelearon. Meta tiro y meta lanzado. Trescientos años nos costó dejarles esta cara de boludos. Cuando ustedes todavía no habían puesto una pata en la Pampa..." Y el indio lo interrumpió bajito, como si no lo interrumpiera: "Calfucurá se paseó a caballo por la calle principal de Bahía Blanca". El capitán Losa lo miró: "¿Qué dijiste?" "Cosas que cuenta la gente vieja", dijo apenas Pastoseco. "Y vos qué sabes quien era Calfucurá". El indio se quedó mirando el mate. "Un indio", dijo.

"Terminá de una vez ese mate", dijo Losa, "y andate a dormir, y antes lustrame las botas". Pastoseco le miró los borceguíes que Losa tenía puestos y después, inexpresivamente, le miró la cara. "No, carajo", dijo Losa, "las botas de salida, las que están en el cofre. Los borceguíes se los vamos a hacer lustrar a Humberto Primo. Sabe una cosa, concripto Pietrafofa, los únicos argentinitos de veras que hay en este país son una cruz de ese animal y de gente como yo. No se ofenda, soldado. Ustedes también hicieron lo suyo. Por eso este país es un quilombo. Y por eso el zoológico está en Plaza Italia". Y de golpe se volvió hacia Pastoseco, con voz inamistosa: "Se paseó a caballo por la calle principal de Bahía, sí. Y también se cuatrerió doscientas mil vacas. Y murió como un viejo choto después del escarmiento que les dimos en Bolívar, contáselo a las viejas cascarrientas de la tribu cuando volvés, si volvés. Ah, y no pijotiés pomada".

La mula vuelve a asomarse al borde de la grieta. El indio, con los ojos cerrados, deja de silbar y dice de pronto:

—Mostrame las alitas.

El otro lo mira con seriedad y descon-

fianza.

—Para qué —dice.

Están tan juntos que parecen el mismo cuerpo ahí abajo. Una carne hermanada por el frío y la vecindad de la noche y el presentimiento de la muerte. Pastoseco se encoge de hombros. Abre los ojos.

El otro piensa que de cualquier modo da lo mismo. Saca las alitas del bolsillo, sin dejar de observar al indio, quien, tomándolas con la punta de los dedos, las alza hasta sus ojos. Y están mirándose así, a unos centímetros, un hombre a cada lado del emblema, cuando el indio dice que se las regale.

—Me las regalás, che milico —dice.

—Mi capitán —dice Losa.

Y el indio parece hacer un esfuerzo para entenderlo, entiende al fin y dice:

—Me las regalás, mi capitán.

—¿Vas a aprender a llevar el paso sin pasto? —pregunta Losa.

—Claro, mi capitán.

—Quedátelas —dice Losa.

El indio vuelve a levantar el distintivo hasta sus ojos constelados, mira al capitán por encima de las alitas, lo mira un segundo como si lo viera por primera vez,

desvía la vista y después, abriendo mucho la boca, se pone a reír de tal modo que poco a poco Losa se contagia y también ríe y durante un rato largo los dos están riéndose a carcajadas en el fondo del socavón.

Diez minutos después, el capitán Losa enciende un fósforo y mira el reloj. El plazo ha terminado. Pastoseco está silbando la tonada aquella de siempre en la oscuridad.

—¿Qué es eso que silbás siempre? —pregunta el capitán

—No se. Es de hace mucho, de cuando no había nada. Los indios la silban en las cañas.

—Bueno, hermano —dice el otro—. No hay patrulla. Subí.

Pastoseco, arriba, alcanza la saliente; pierde pie una o dos veces, y llega al borde y sale del pozo. El aire, afuera, es más frío pero más respirable que allá abajo. Mira las primeras estrellas y decide el rumbo; monta su mula y se aleja silbando. Después es un puntito, lejos.

Ahora, el silencio de la noche es perfecto.

1979

Luis yadarola poema



Retrato del miliciano
en el momento de su muerte
a tiro de fusil,
registrado por Frank Kapa
el fotógrafo.

Sólo un ojo puede ser tan despiadado
ver esa vida que se va
y dejar fijo el instante.
Es una grave repetición esa caída.
Un fuerte y crédulo humanizar la muerte
El libre deseo de vencer y ser vencido
El inestable equilibrio del hombre que afila sus
uñas en el deseo.

Sólo un ojo puede ser tan imparcial
Descarnado de tanta distancia afectiva
De un ser o no, o nada que presenta.
De un hombre niño con su madre
De un ser nacido a su imagen y semejanza
Que ya no es
Aun estando
Como este desagradable gerundio
Que conmueve la frase
Y la convierte en un acto de muerte.

LUIS YADAROLA

Nació en Buenos Aires en 1931. Fue uno de los principales impulsores del movimiento Poesía Buenos Aires y la revista de igual nombre, en los años 50. Publicó *Mano al viento* y *Arenas*. Preciso, contrario a las grandilocuencias, Yadarola es un poeta fervorosamente preocupado por la dignidad del lenguaje y sus no siempre previsibles consecuencias.

el nacimiento de la inteligencia



entrevista a JEAN PIAGET

(primera parte)

Varias de las cuestiones fundamentales de la psicología y de la epistemología genética, aparecen en este extenso reportaje concedido por el extraordinario investigador suizo a Jean Louis Ferrier y Christiane Collange. Obviamente innecesaria una presentación que, por otra parte y para hacerle justicia, debería abarcar páginas, sólo quisiera destacar la claridad y sencillez con que este científico, que no hace concesiones a la divulgación, responde a cada una de las preguntas. Tal vez, su relación con la psicología y con el mundo queden sintetizadas en estas palabras de Emilia Ferreiro: "Es para algunos, un idealista kantiano; para otros un pensador dialéctico que se sitúa en la continuación directa del materialismo; es, para algunos, el que formula las bases científicas de una pedagogía activa y, para otros, el defensor de un proceso de desarrollo con respecto al cual la escuela no tiene nada que hacer, e incluso es mejor que no haga nada. Demasiado grande para ignorarlo —el más grande de los psicólogos vivos, sin duda alguna— es más a menudo honrado que comprendido".

Sylvia Iparraguirre

Usted es un biólogo, por lo tanto es un científico que trabaja en psicología ¿Quiere decirnos entonces, si verdaderamente la psicología es una ciencia exacta?

El título de Ciencia Exacta, no tiene, a mi modo de ver, un significado absoluto. Existen toda clase de niveles entre las ciencias realmente exactas, que son las ciencias formales como las matemáticas, o la lógica, y las ciencias experimentales. La física por ejemplo es mucho más exacta que la psicología, eso es innegable, lo mismo sucede con la biología; sin embargo yo creo que hay una continuidad entre la experimentación en biología y la experimentación en psicología.

¿Pero concretamente para usted, la psicología es una ciencia?

Sí, por supuesto, la ciencia es primero que todo una disciplina en la que se pueden delimitar y aislar los problemas, mientras que en filosofía por ejemplo, todos los problemas son solidarios los unos de los otros. El hecho de poder delimitar los problemas permite controlarlos. Y a partir del momento en que hay control, y en que los investigadores pueden corregirse y verificarse los unos a los otros, hasta llegar a datos más exactos, por serie de aproximaciones sucesivas, a partir de ese momento: tenemos una ciencia experimental.

Usted, señor Piaget, ha experimentado sobre todo con los niños. ¿Puede decirnos si es cierto que ha descubierto constantes suficientes para concluir con reglas generales?

Pues desde hace más de cuarenta años que hago este trabajo, cada semana y cada año me sorprende más y más de la convergencia de respuestas que encuentro en los niños. Cuando comenzamos con cada nuevo sujeto, encontramos respuestas que aparecen regularmente alrededor de los 5 y los 6 años, otras de los 7 a los 9, y otras en la pre-adolescencia. Cuando ya se han interrogado varios niños, uno puede estar más o menos seguro que esas respuestas las volveremos a encontrar indefinidamente.

¿Indefinidamente, en una cierta categoría de niños de raza blanca de la sociedad suiza, quiere usted decir?

Por supuesto, pero es que justamente el gran problema en psicología ha sido el de los estadios. Se encuentran etapas de formación, que se pueden describir en un cierto y determinado orden de sucesión. Y si cambiamos de civilización, encontramos adelantos o retrasos en esos estadios, pero siempre volvemos a encontrar que se presenta el mismo orden de sucesión.

Déjeme que le dé un ejemplo: nuestros colegas canadienses Laurendeau y Pinard, tomaron nuestras experiencias y las aplicaron con los niños de Martinica, lo que constituye una buena muestra comparativa, porque los colegiales siguen el mismo programa francés de estudio en toda la primaria. Pues bien, ellos constataron un retardo de un promedio de cuatro años en las operaciones lógicas, en relación con los resultados que se obtienen aquí en Ginebra, en París o en Montreal. Pero en lo que concierne al orden de sucesión de los estadios, no variaba, era el mismo.

¿Y ese retraso de cuatro años, es explicable?

Sí, se explica por la incidencia del medio social adulto en el que se vive.

¿Es decir que allí entramos en el terreno de la sociología?

Ciertamente, el medio social es a todas luces fundamental. Pero, sin embargo es menos importante que el proceso biológico. Porque esta sucesión de estadios posteriores,, esto nos hace pensar muy de cerca en la embriología.

Entonces, si el medio social es fundamental, ¿es cierto que no podrá haber igualdad escolar, mientras no haya igualdad social?

Es cierto respecto al nivel cronológico, pero no lo es respecto a la sucesión de estadios. En Estados Unidos, por ejemplo, algunos tests tuvieron que modificarse porque el cociente intelectual no podía seguir siendo considerado como una medida de inteligencia, y esto debido a que el cociente intelectual siempre aparecía más bajo en las clases pobres, que en las clases ricas. Pero, si se utilizan pruebas sobre el desarrollo del razonamiento y no sobre su resultado final, como nosotros nos esforzamos de hacerlo, entonces encontramos niños que son efectivamente normales.

Pero entonces, ¿qué es la inteligencia?

Es la capacidad de adaptación a situaciones nuevas. Es primero que todo comprender e inventar.

¿Cómo se relacionan el medio social y la inteligencia?

El desarrollo de la inteligencia implica que haya intereses y curiosidades en el sujeto. Si el medio social es entonces rico en incitaciones, y el niño vive en una familia en la que siempre se está trabajando sobre ideas nuevas, y se plantean nuevos problemas, seguramente que se tendrá un desarrollo más avanzado; pero si por el contrario el medio social es extranjero a todo eso, entonces inevitablemente habrá un cierto retraso.

En síntesis,, ¿la inteligencia sería como un músculo, que a fuerza de utilizarlo se llega a perfeccionar?

Es cierto, pero también hay que contar con un mínimo de capacidades. Lo que nosotros no sabemos es lo que determina las potencialidades del sujeto.

Usted ha hablado de los estadios de desarrollo de la inteligencia, ¿diganos de qué se trata?

Antes del lenguaje, el niño posee una inteligencia llamada sensorio-motriz. Se trata de una inteligencia práctica, y que comprende conductas instrumentales: Tírar del tapete para acercar el objeto que está encima, o valerse de un palo para traer otro objeto.

¿Es decir, lo que equivale más o menos al nivel de inteligencia de un mono?

Sí, y luego hacia los dos años, aparece con el lenguaje, la función semiótica, es decir una inteligencia representativa, que no es aún capaz de operaciones, en el sentido de la palabra. Operación, en tanto que acción interiorizada, reversible, como adición y sustracción, que son la inversa la una de la otra, y sobre todo la coordinación de estructuras de conjunto, como los grupos en matemáticas, la clasificación, etc.

Después, a partir de los 7 años, el niño es capaz de realizar esas operaciones,

mientras que hasta ese momento estaba en un estadio preoperatorio. Esta reversibilidad operatoria se traduce particularmente, en un fenómeno absolutamente claro, que es el de la conservación. Antes de las operaciones es la no-conservación, después de las operaciones vendrán la conservación de cantidad, de líquido, de peso, de conjuntos, etc..

Denos un ejemplo, por favor.

Bien, para experimentar con las conservaciones, se puede tomar por ejemplo, una bola de plastilina, y se transforma en una salchicha de plastilina. El niño que nos ha visto transformar la bola en una salchicha, dice que hay más plastilina ahora en la salchicha que antes, porque la salchicha es más larga, o si no que hay menos plastilina porque es más delgada. porque es más delgada.

Esto sucede hasta los 7 u 8 años.

Por otra parte, la adquisición de la conservación de la sustancia no implica la adquisición de la conservación de peso. El niño responde diciendo: "Sí, es la misma cantidad de plastilina, pero la que está en forma de salchicha pesa más porque es más larga", o si no, "es menos pesada porque es más delgada". Hacia los 9 y 10 años, el niño adquiere la conservación del peso, pero aún no admite la conservación del volumen. Si introducimos, frente al niño, la bola de plastilina en un vaso con agua, el niño señala que el nivel del agua sube, pero piensa que la plastilina en forma de salchicha la hará subir más "porque es más larga". Estos diferentes estadios se presentan en un orden riguroso.

Muy bien, pero díganos, ¿en dónde está la afectividad?

Yo pienso que la afectividad es fundamental para animar todo esto, es el motor. Hay que interesarse en las cosas, para poder ocuparnos en ellas. Tiene que existir una carga afectiva, sin embargo yo no creo que ella modifique las estructuras de inteligencia.

¿Existen también niveles de desarrollo en la afectividad?

Seguro que existen, pero ellos son menos precisos. Hace mucho tiempo, yo estudié un fenómeno bellissimo en el bebé. Resulta que inicialmente, el bebé no tiene la noción de objeto. Si le damos un objeto que pueda interesarle, él nos estira la mano para tomarlo, pero si nosotros ocultamos el objeto con una tablilla, el niño retira la mano, pues cree que el objeto ha desaparecido. Sin embargo hacia los 9 ó 10 meses, ese mismo niño comienza a querer quitar la tablilla tras la cual ocultamos el objeto que se le había mostrado. Este fenómeno coincide con lo que Freud llamó el interés objetivo, es decir el interés por las personas.

De todas maneras lo que sí es un hecho, es que la sucesión de estadios afectivos es menos sistemática, pueden haber más incidencias, y no siempre hay el mismo orden de sucesión. Los estadios freudianos por ejemplo, no son estructuras que puedan compararse a los estadios cognoscitivos, que se integran los unos en los siguientes, sino que son caracteres dominantes propiamente dichos: la etapa oral, la etapa anal, etc. pero que siguen teniendo un papel en otros niveles de desarrollo. Como ve es entonces menos nítido.

Usted experimentó mucho con sus propios niños. A través de sus obras, uno tiene

la impresión de que ellos jugaron un papel importante en sus trabajos. ¿Eso no los ha traumatizado?

Fue sobre todo con mi tercer hijo, el varón, con quien yo hice más experiencias, y cuando él entró a la universidad, todos sus compañeros estaban muy sorprendidos de encontrarse con un tipo completamente normal.

¿Cómo fue que usted hizo esas experiencias? Usted estaba en Neuchatel en esa época, pero sus recursos eran muy simples...

Absolutamente. Siempre se debe partir de la observación y cuando uno descubre algo interesante, entonces es que se reproduce la situación variando los factores. Ahí es cuando comienza la experimentación. El método se hace en el mismo camino, en el transcurso de la experiencia. Yo lo que hice fue fijarme mucho.

Sin embargo hay quienes miran pero no ven nada.

Seguro, lo que pasa es que hay que hacerse preguntas y plantearse problemas. En mi caso por ejemplo, yo soy más un epistemólogo que un psicólogo.

¿Quiere usted definirnos la epistemología?

Es la teoría del conocimiento, y esencialmente del conocimiento científico. La epistemología plantea el problema de saber cómo se hace posible la ciencia y el conocimiento.

¿Entonces usted no estudió a los niños por ellos mismos, sino para ver en qué estudio le ayudaba a resolver los problemas de la teoría del conocimiento?

Yo era biólogo, pero un biólogo apa-

ciar lo psicológico de lo social, y lo individual de lo colectivo.

¿Usted cree entonces que el niño está más próximo del origen, que lo que lo puede estar el hombre primitivo?

Estoy completamente convencido.

¿Por qué, si el niño también está sometido a todas las presiones sociales desde que nace?

¡Ah! no, en lo que concierne a la inteligencia, el niño está librado a su antojo, porque él no imita sino lo que comprende. Cuando el niño comienza a hablar entonces si está sometido a toda clase de influencias sociales, pero nosotros hemos podido comprobar que ellas no son tan determinantes como parecen serlo. Las influencias del medio deben ser asimiladas, y para haber sido asimiladas, se necesitan instrumentos de asimilación, esos instrumentos son los que nosotros estudiamos.

Las dos nociones de asimilación y acomodación, son muy importantes para usted. ¿Puede ayudar a aclararnos eso?

Es muy simple. Un organismo se alimenta de la absorción de sustancias, transforma esas sustancias, y las integra dándoles su propia estructura. Un conejo que come repollo no se vuelve repollo, sino que transforma al repollo en conejo. Lo mismo sucede con el conocimiento. El conocimiento no es una simple copia, sino que es una estructura, eso es justamente la asimilación.

¿Y la acomodación?

Para cada nueva situación, los esquemas de asimilación son modificados en función de la situación exterior. Para el niño que aprende a agarrar lo que encuentra, todo lo



sionado por problemas epistemológicos. El ideal hubiera sido poder estudiar el hombre a todo lo largo de la historia, y en este sentido, el más interesante era justamente el hombre prehistórico, pero como usted bien lo sabe, sobre esto la psicología no puede saber nada.

¿No hay ningún estudio del hombre primitivo?

Del verdadero primitivo, es decir del hombre prehistórico, no. Y el primitivo actual, dista mucho de ser un verdadero primitivo.

¿Por qué?

Porque ha sido socializado desde hace muchos siglos, y las presiones sociales son tan fuertes que es mucho más difícil diso-

que ve, es entonces algo que debe agarrar. Pero si el objeto es grande, él debe hacer otros movimientos distintos que para agarrar un objeto pequeño. Eso es la acomodación. Es así como una teoría general que sirve de asimilación al pensamiento de un científico, debe ser acomodada a casos particulares.

En síntesis lo que le interesa es el estudio de los mecanismos mentales y no la psicología como medio de acción de los individuos.

Existe lo que se llama, una ciencia aplicada, y también la investigación pura. Se establecieron los tests de inteligencia, mucho antes de saber lo que era realmente la inteligencia.

¿Usted parece ser enemigo de los Tests?

No soy enemigo de los tests, porque reconozco que ellos son útiles, pero los tests no dan sino la medida de un resultado, es decir lo que un individuo hace en un momento, frente a una pregunta dada, mientras que para nosotros lo importante es llegar a saber lo que sucede dentro, y lo que el individuo puede entonces hacer, potencialmente.

Eso con respecto a los niños, pero los tests también son empleados con adultos.

Sí, pero el problema es el mismo. Para un adulto el problema es también lo que él sabe hacer y su adaptación.

¿Y no hay tests de adaptabilidad?

No muchos.



¿Cuál es la razón, es acaso más difícil?

Es mucho más complicado, porque se trata de juzgar una potencialidad, en lugar de medir una realidad. Y a mí me parece que al adulto se le conoce menos que al niño.

¿Usted nunca ha estudiado al adulto?

No. Yo quisiera poder estudiarlo, pero siempre que lo he intentado, el adulto respondió a mis preguntas, repitiendo lecciones aprendidas. El adulto habla de lo que lee, de lo que entiende, de lo que aprende. Mientras que el niño es diez veces más espontáneo.

Pero también hay niños que son pequeños sabios, y que repiten lecciones.

Sí, pero uno se da cuenta en seguida, y no son interesantes para nuestro trabajo.

¿Entonces cómo hacen, los separan?

No, pero basta con mirar más a fondo, por ejemplo: una de nuestras preguntas es sobre el problema de causalidad en el paso del estado líquido al estado sólido, o a la inversa. En el estado sólido, el niño admite la existencia de pequeñas partículas, y de granitos de arena, etc., pero en cuanto se pregunta sobre el estado líquido, si acaso los granitos de arena está aún allí, el niño responde: "No, se disuelven, en un momento dado se funden". Esta es una respuesta típica de un niño de menos de 11 años.

Sin embargo también conocí chicos que a los 9 y 10 años me hablaban de átomos, diciendo que la vela que se funde con el calor "es muy simple, la vela está formada de átomos y los átomos se separan", ¿y entonces qué pasa cuando los átomos se separan? "Cuando se separan entonces se funden", Incluso cuando me han hablado de neutrones, y siempre que pregunto ¿y después qué pasa con los neutrones? Los

neutrones se vuelven agua. Usted se da cuenta, basta con profundizar un poco.

Cuando hablamos de inteligencia infantil y de inteligencia animal, ¿en qué momento puede localizarse la diferencia fundamental?

¿Me quiere usted decir que la inteligencia animal es diferente de la inteligencia humana?

No, por supuesto que no, ya que el chimpancé por ejemplo, durante los primeros meses de vida, está más adelantado que el bebé, el chimpancé es capaz de hacer un mayor número de cosas. Pero luego de un momento a otro se detiene. En cambio en el hombre sigue desarrollándose casi indefini-

damente. ¿Cómo puede usted explicarnos eso?

El bebé, gracias a la vida social, al lenguaje y a la función semiótica, adquiere la posibilidad de la representación y del pensamiento, mientras que la inteligencia sensoriomotriz se define en relación con la coordinación de las acciones, siendo sólo una inteligencia práctica. Sin duda alguna que el chimpancé se sitúa justamente en la frontera misma de la función semiótica.

¿La función semiótica? Es decir...

Es decir la capacidad de expresar algo por medio de significantes diferenciados tales como el lenguaje, la imagen mental, el juego simbólico, los gestos, etc..

¿Separar los brazos para mostrar que algo es grande también?

Sí, pero hay que tener en cuenta que el lenguaje es un caso particular de la función semiótica. Los sordo-mudos, por ejemplo, tienen la función semiótica sin poseer el lenguaje articulado.

¿Y los chimpancés la tienen también?

Ellos se sitúan justamente en la frontera de la función semiótica. Hay una experiencia sorprendente, que es la de enseñar a un chimpancé a meter fichas en un distribuidor de bananas y otras frutas. Resulta que si después le damos a ese chimpancé fichas, pero quitamos el distribuidor, veremos que el chimpancé guarda cuidadosamente las fichas que se le han repartido. Por otra parte si le damos al chimpancé fichas más grandes o más pequeñas, se pone furioso y las aparta. Esa es la primera fase del experimento. En la segunda fase se pone a otro chimpancé hambriento al lado de nuestro chimpancé original. Los chimpancés han hecho gala, siempre, de ser generosos, compartir sus bananas; etc.. Entonces pre-

senciamos cómo el primer chimpancé le da fichas a su compañero hambriento, a quien también se le ha enseñado a utilizarlas, y éste las recibe gustosamente. Pero si el primer chimpancé le pasa fichas falsas, éste se pone furioso y las tira. Con esa experiencia sabemos que estamos ante el umbral de la función semiótica. La ficha es una especie de moneda distinta y distinguible de la moneda falsa. Personalmente no creo que un niño pueda llegar a hacer esta experiencia antes de los 2 años.

¿Cree usted que la actual vulgarización de la psicología permite asumir ese papel a los padres, o por el contrario cree que eso les ha confundido más y que ahora están más desorientados que antes en lo que concierne a la educación de sus hijos?

Yo creo que han sucedido las dos cosas. La pedagogía es una de esas raras profesiones donde todos nos creemos competentes y por lo tanto es muy peligrosa.

¿Cuál sería entonces la forma de proceder?

hay que empezar por formar a los maestros. Para poder enseñar, es absolutamente útil y necesario haber hecho antes algo de investigación psicológica. Yo siempre admiré la sabiduría de Eduardo Claparede quien decía: "A todos los futuros educadores, así como a los padres de familia, se les debería dar una enseñanza de investigación y trabajos prácticos en psicología animal. Porque cuando fallamos al intentar domar a un animal, el investigador cree que es él quien ha fallado, mientras que cuando falla la manera de educar a un niño, decimos siempre que es a causa del niño. Yo siempre he creído que son los padres los que necesitan recibir las palmadas y no los hijos".

¿Y cuáles son las fallas que uno comete?

A mí me parece que es el exceso de autoridad, no siempre es un exceso deseado, sino casi siempre provocado por la ignorancia que se tiene del trabajo espontáneo del niño. Esto es impresionante a nivel intelectual. Hace un rato yo hablaba de la conservación y de la no-conservación, pues bien, cuando nosotros comenzamos este tipo de investigaciones y las comentábamos con los pedagogos, ellos se mostraron completamente incrédulos, y así permanecieron durante mucho tiempo. Después entre admirados y atónitos consideraban que era algo absolutamente excepcional, cuando lo cierto es que hubiera bastado que ellos, como pedagogos, hubieran observado las actividades de sus alumnos en lugar de abarrotarlos de conferencias.

¿Usted cree entonces que se debe suprimir la autoridad?

Hay que poder reducirla al mínimo, y poder llegar a establecer lo más rápidamente posible, relaciones de reciprocidad afectiva e intelectual con los niños.

Pero al reducir la autoridad se llega a veces a extremos...

De hacerles comprender las cosas en lugar de imponérselas. No imponer reglas antes de que éstas sean enteramente comprensibles, y tratar de hacérselas comprender a partir de la propia experiencia del niño, a eso deberían ir dirigidos nuestros esfuerzos.

Todo eso suena muy próximo a las concepciones de J. J. Rousseau.

Solamente en parte, puesto que Rousseau despreció mucho el papel de la sociedad.

(Concluye en el Próximo Número)



I CONCURSO LATINOAMERICANO DE CUENTOS "EL ORNITORRINCO"

Después de una minuciosa lectura, **Beatriz Guido, Isidorio Blaistein, Luis Gregorich y Fernando Alonso**, jurados de nuestro 1º CONCURSO, nos hicieron llegar, por separado, su fallo. Cada uno de ellos subrayó la dificultad de decidir un primer premio. Hubo coincidencia en la mención de determinados textos, pero no en el orden en que debían premiarse. Habiendo evaluado las cuatro listas, hemos decidido otorgar 11 MENCIONES según tres categorías, considerando los cuentos de cada categoría en similar nivel de méritos.

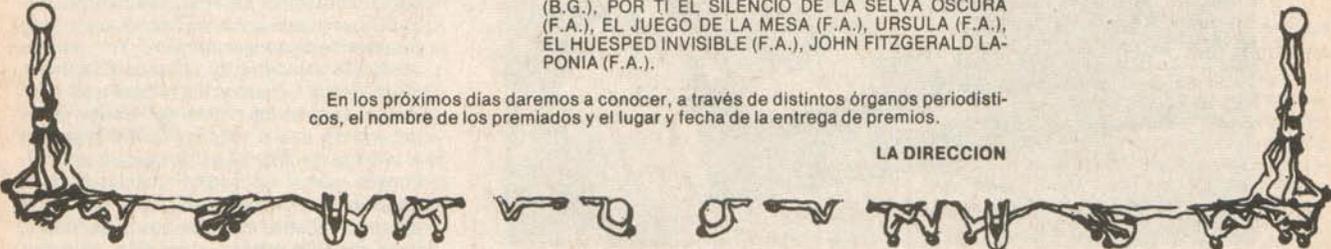
Primera Mención: SOL DE 400 AÑOS, EN LA CORNISA, FIESTA.
Segunda Mención: EL PAJARO DEL SUR, LAS CUATRO RUEDAS DEL APOCALIPSIS, DOROTEA ANDABA SIEMPRE DESNUDA, EL LOQUITO LUIS.
Tercera Mención: LA FUENTE DE LOS BAILARINES MUERTOS, LA CORONA, EL DESCONOCIDO DE NOSOTROS, EL SOMBRERO.

Enumeramos a continuación los cuentos que han obtenido un voto. La inicial entre paréntesis corresponde al jurado que los recomendó.

Recomendaciones: TODAS LAS TARDES UNA VENTANA (I.B.), ALGUNOS SUEÑOS (I.B.), EL BALANCE (I.B.), LAS PUNTAS DEL OVILLO (I.B.), LA ULTIMA INVASION (I.B.), CAN BOIG (B.G.), POR TI EL SILENCIO DE LA SELVA OSCURA (F.A.), EL JUEGO DE LA MESA (F.A.), URSULA (F.A.), EL HUESPED INVISIBLE (F.A.), JOHN FITZGERALD LAPONIA (F.A.).

En los próximos días daremos a conocer, a través de distintos órganos periodísticos, el nombre de los premiados y el lugar y fecha de la entrega de premios.

LA DIRECCION



bibliográficas



LOS DEGOLLADORES, de Juan José Manauta. (Cuentos.) Ediciones Corregidor.

En este libro de Juan José Manauta, que reúne dieciocho relatos, resulta muy sencillo aislar tres aspectos que hacen al texto literario: el mundo narrativo, el lenguaje y la forma. Y resulta sencillo, justamente, porque hay una no correspondencia entre los dos primeros y el tercero, o mejor, una diferencia de nivel: en tanto el mundo narrativo es complejo y no convencional (o, en virtud del talento de Manauta, aparece como no convencional) y el lenguaje suele ser espléndido, ajustado, y de alta sugestión, la forma parece no elaborada: es ingenua. Y no me refiero a la ingenuidad como forma, a esa elección premeditada de la simplicidad que caracteriza, por ejemplo, a las narraciones de Hemingway, y cuyo efecto estético y emotivo se debe, justamente, a la aparente casualidad de los hechos narrados. En los cuentos de Manauta es lícito hablar

de "efectos" o "formas" parciales: párrafos, y aun frases, que resplandecen como joyas, como pequeñas piezas antológicas. Es más difícil, en cambio, hablar de narraciones antológicas. Falta, parecería, ese trabajo formal, totalizador, que hace que todas las palabras de un texto engranen entre sí según un diseño inmodificable. Fatal una forma que esté a la altura del mundo narrativo y del lenguaje de este libro.

El mundo narrativo de *Los degolladores* abarca un registro vasto: incluye a hombres que manejan el machete en Gualeguay, a hombres que manejan un colectivo en Buenos Aires, a hombres que se tienden en el diván de un psicoanalista. Se extiende desde la captación exterior —pero exhaustiva— de un homrecito loco que camina por un pueblo o de un chico con cara de viejo, hasta la indagación hacia los límites de la conciencia —o hacia las puertas de la locura— de un escritor. Considera la nobleza y considera la ferocidad de que es capaz un ser humano. Se ocupa de la infancia y se ocupa de la muerte. Y ninguna de estas captaciones o consideraciones es baladí. Manauta desentraña a personajes oscuros o convencionalmente "feos", y los revela en su peculiaridad, nos hace descubrir su posibilidad de belleza. Aún los personajes secundarios, diestramente descriptos en pocas líneas, resultan inolvidables: "Cristaldo era linotipista en *El Debate* y le temblaban las manos. No soportaba el ruido. Cristaldo derramaba invariablemente una parte de sus luseras antes de bebérselas de un trago. Miraba con ojos vidriosos y al hablar trataba de ocultar sus dientes carcomidos por el saturnismo. A mí se me había ocurrido que Cristaldo era extranjero y que añoraba su patria. Eso no era cierto. También se me había ocurrido que Cristaldo no sería capaz de pelear frente a frente con nadie. Tampoco eso era cierto. Le dolía la cabeza nomás porque era linotipista, como decía mi padre sin mayores explicaciones. Lo mató frente a casa y Ana quedó huérfana". (Ana la turca, pág. 63).

Esta modalidad de irnos descubriendo el ámbito narrativo mediante precisas iluminaciones se empaña sólo cuando Manauta parece resistirse a la expresión cruda del mundo que trasciende sus relatos, y entonces trata de encubrirlo mediante vanos recursos literarios. Ocurre en el cuento *Los degolladores* que, desde el título, sugiere el ingrediente criminal que puede subyacer en los hombres. Cuando el cuento parece haber llegado a tocar esta posibilidad subyacente, cuando el lector empieza a sentirse comprometido con el horror de lo que se narra, el protagonista se despierta y el lector descubre que ese horror no ha sido más que un mal sueño. También pasa algo similar en *El agachao*, un hermosísimo cuento (que tiene un principio de antología) donde el narrador recuerda su amistad de infancia con un chico gauchito del ranchario. El texto impone una identificación del narrador con el escritor; sin embargo, en las últimas líneas el lector se entera de que el narrador es un viejo empleado de oficina que espera la jubilación. Esta situación no sólo resulta literariamente inverosímil; también ideológicamente endeble, ya que permite que se eluda el compromiso que implica estar evocando esta amistad desde la literatura. Otra elusión del compromiso, aunque en distinto campo, se advierte en otro cuento excelen-



te: Ana la turca, donde la imagen desoladora del narrador-adolescente llorando en la cama de una prostituta aparece como tapada por un discurso, justificatorio y abstracto, del narrador-adulto. Estos ejemplos que señalo no son de ninguna manera una característica general del libro; lo general es que los personajes de estas historias se manifiestan a partir de sus contradicciones, sin que su autor trate de explicarlas o justificarlas.

Es fundamentalmente a través del lenguaje que se revela la excepcionalidad de *Los degolladores*. Es un lenguaje coloquial, pero nunca estereotipado; más que la captación superficial de términos y giros, indica un conocimiento profundo de los hombres que hablan y de las motivaciones psicológicas que los hacen expresarse de una manera y no de otra, indica un ahondamiento en el ámbito social en el que se configura un habla particular. Pero no sólo indica conocimiento, también amor por las palabras, delectación en el hallazgo de brillos verbales. Brillos que nunca son mero juego: son reveladores: imponen estéticamente la realidad. "Morena alta y de flexible cintura supo ser la Mariángela que yo conocí; muslos reventones y firmes, de piel lustrosa, como si se los ungiera con chicharrón". El lenguaje lujurioso sugiere la lujuria de la mujer. La palabra "chicharrón" donde la tradición literaria coloca "aceites perfumados", sugiere el ámbito en que se mueve. La combinación de una palabra prestigiosa como "ungir" y una palabra tan casera como "chicharrón", sugiere a un escritor que ha asumido nuestro idioma en toda su vastedad, que sabe extraer de él posibilidades no aparentes. En el fragmento citado la imagen verbal enriquece la imagen visual: las dos funcionan como un todo indestructible. En muy pocos casos se descuida la posibilidad reveladora del lenguaje: ocurre en algunos fragmentos meramente didácticos en los que las palabras no sirven más que para informar: no son literatura. Por ejemplo, en la descripción que se hace en *El agachao*, del modo en que las maestras reclutan alumnos; allí el lenguaje es opaco: no sugiere, alecciona. En cambio, en la descripción del procedimiento por el que se "degüella" un ceibo (*Los degolladores*), o en el informe sobre la tendencia de los pájaros a andar en pareja (*El viejo de la gadaña*), las descrip-



ciones no nos están dando una lección: están cargando de significado el texto.

Hablé del desdén de Manauta por la forma (sobre todo, cuando se aplica a cada uno de los cuentos como totalidad, ya que, si nos atenemos a la construcción de algunas frases o párrafos aislados, Manauta podría considerarse un formalista). Este desdén podría dar lugar a una interpretación errónea. Ya que una de las enfermedades de la literatura de nuestro tiempo consiste en la ausencia de mundo narrativo, y en la utilización de un lenguaje pobre o estereotipado, todo bien encubierto bajo una estridente armazón formal, cabría razonar que, si esto es un defecto, su inversa exacta (representada, según los tres aspectos que señalé, por este libro de Manauta) sería una virtud. O mejor: que el desdén por la forma sería un indicio más de la seriedad de Manauta como escritor. El error de este razonamiento vendría de suponer que "forma" significaría forzosamente "forma anormal" o "forma monstruosa". Ciertas inutilidades que se

producen actualmente en nombre de la originalidad formal serían exactamente eso: monstruos, bebés de tres cabezas, ningún brazo y caparazón de mulita, muy adecuados para que se los exhiba en un circo pero no para lo que se supone que fueron hechos. La forma tiene muy poco que ver con estas extravagancias: la forma es lo que hace que una rosa sea una rosa, y que *En busca del tiempo perdido* sea una novela única e indestructible y no un montón de tomos sueltos. La forma es lo que permite que uno lea de un tirón *Absalón, Absalón*, aún cuando difícilmente, antes de la mitad del libro, tenga una idea más o menos clara de lo que está sucediendo en la novela. Y no es



arbitrario que cite a Faulkner; su manera de articular las frases y los párrafos hace que cada parte sugiera la totalidad, de modo que el lector lee confiado en que todo va a cerrarse y, lo que ahora le resulta incomprendible, más tarde aparecerá claro y ocupará su lugar en la historia; crea un suspenso formal y no anecdótico. Este suspenso formal, este ajuste de las partes es lo que falta en la mayor parte de los cuentos de Manauta. Y si esto no pesa demasiado cuando la narración es lineal —cuando no hay cambios de tiempo ni de espacio ni digresiones— resulta en cambio evidente cuando se interrumpe o se enreda el hilo narrativo. Un cuento como *La confesión*, por ejemplo, en que el tiempo va y viene y el escenario cambia, habría necesitado paradójicamente (o por las razones antedichas) un estilo más "enredado" para que resultara comprensible; Manauta lo narra como si se tratara de una historia lineal y el lector llega al final tan confundido que el último acto, que debió ser terminante, se vuelve nada más que palabras.

Ocurre que la prosa de Manauta va adquiriendo, a lo largo de sus libros, un esplendor desusado. Y su mundo narrativo, que se inició con *Las tierras blancas* (una novela ya clásica que admitía una manera "balsaciana" de narrar) va ampliando cada vez más su registro. Cuentos como *El pasajero* o *Pequeña memoria*, que cierran este libro, apuntan hacia una zona demencial de la realidad que ya empezaba a anunciarse en los mejores fragmentos de su excelente (e ignorada) novela *Puro cuento*. Para narrar estos nuevos desórdenes del mundo tal vez ya no alcanza "contar" impremeditadamente. De ahí que uno espere que, así como Manauta sigue indagando en la realidad y en el lenguaje, indague también en las formas hasta que se ajusten a la vastedad y la intensidad de su mundo.

Y tal vez ahí está lo más admirable de este gran escritor: en que, a una altura de su vida y de su prestigio en la que otros autores empiezan pacíficamente a repetirse, Manauta siga descubriéndonos posibilidades de lo real, siga arriesgando su literatura. Nos haga esperar mundos inexplorados.

LILIANA HEKER

Colección PRISMA 20. Grupo Editor de Buenos Aires

Esta colección, de la que acaban de aparecer los cuatro primeros títulos, parece apuntar al desarrollo de temas que preocupan a vastos sectores de la sociedad. Cada uno de los libros está formado por una serie de reportajes, organizados y prologados por un coordinador y formulados a científicos, escritores, artistas, que, desde perspectivas diversas, se vinculan con el tema propuesto. Esta organización permite que se cumpla con una doble finalidad: la de presentar, sobre cada tema, un amplio espectro de opiniones autorizadas, y la de hacer que los libros puedan ser leídos con verdadero interés, aun por los no iniciados.

4 x 4 - ROCK. Coordinación de Gabriel Senanes L'eirbag. Este libro reúne reportajes a los más importantes creadores de música de la Argentina que incorporan el rock a su trabajo creador: Rodolfo Mederos, Manolo Juárez, Santiago Giacobbe, Litto Nebbia, Luis Alberto Spinetta, Gustavo Moretto y Yabor. Con desusada lucidez los entrevistados analizan las posibilidades y las dificultades de la producción de una música valiosa en la Argentina. Sus aportes van más allá del tema específico propuesto: dan una visión vasta y profunda de las condiciones de existencia de un arte nacional.

NUESTROS HIJOS, NUESTROS ADOLESCENTES. Coordinación de Sylvia Iparraquirre. Los límites en la adolescencia, la escuela, el peso del divorcio sobre los hijos, la drogadicción, la adopción, el entorno social, la orientación vocacional, son las cuestiones fundamentales que se abordan en este libro. Intervienen: Eduardo Fidanza (sociólogo), Elvira Pontoriero (psicóloga), Jorge Atilio Giuducci (profesor-rector de un colegio secundario), Graciela Domínguez (psicóloga), Susana Itzcovich (licenciada en Letras) y Susana Güerri (licenciada en Ciencias de la Educación). Un libro que no está destinado a los adolescentes sino a los adultos, en especial, a la conducta de los adultos frente a los adolescentes. Un enfoque lúcido y multifacético. Resultan particularmente reveladores el planteo de Graciela Domínguez acerca de drogadicción, y el de Eduardo Fidanza, sobre el entorno social del adolescente argentino.

2 x 2 - TANGO. Coordinación de Hilda Guerra. Este libro reúne entrevistas a compositores y poetas fundamentales para el tango: Oscar del Priore, José L. Colángelo, Julián Plaza, Homero Expósito y Osvaldo Pugliese. Lamentablemente, el estilo literario y las opiniones de la coordinadora no siempre están a la altura de los músicos y poetas a los que entrevista. Pésimo, y fuera de lugar, el poema de Hilda Guerra a Homero Expósito. De cualquier modo, un libro que vale la pena leer por los testimonios de los hombres citados, que debieron ser los únicos protagonistas de esta obra.

DIALOGOS SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE. Coordinación de Liliana Heker. Este libro se propone una aproximación, desde diversas perspectivas, al tema que más ha angustiado y sigue angustiando a la humanidad: el de la Muerte. Reúne reportajes a Jorge Luis Borges, Abelardo Cañón, Dr. Abel Canónico (médico cancerólogo), Prof. Severino Croatto (especialista en religiones), Dr. Alfredo Gazzano (psiquiatra, suicidólogo), Dr. Terencio Gioia (psicoanalista). La conducta de los hombres ante una enfermedad mortal, sus maneras de luchar contra la angustia de la muerte, el suicidio, la vinculación entre religión y muerte y entre creación artística y muerte, las concepciones



del más allá, la muerte fisiológica, la inmortalidad, son varias de las cuestiones que se abordan en este libro. Resulta particularmente significativa la contraposición entre el reportaje a Jorge Luis Borges, que abre el libro, y el extenso reportaje a Abelardo Castillo, que cierra el libro. Dos etapas distintas de la vida, dos actitudes distintas ante la vida, parecerían dar como resultado dos formas distintas de considerar la muerte.

MARIA CRISTINA GRIAL



TRAFALGAR, de Angélica Gorodischer, El Cid Editor.

El marco más general donde este libro puede inscribirse es sin duda el de literatura fantástica, definiendo a ésta como uno de los modos estéticos de ver y recrear la realidad. Lo innegable en Trafalgar, y su oferta más generosa, es el ejercicio de una potente imaginación. Trafalgar, nombre del personaje central, de todos los cuentos, viaja a bordo de un "cacharro" (denominación rosarina de una nave interestelar), recorre con él el ámbito sideral y, con la misma naturalidad con que podría relatarnos las vicisitudes de su vecina, la gorda, nos cuenta historias que sucedieron en otros mundos. Esta naturalidad, que propone a lo fantástico como cotidiano, que lo sugiere como un pañuelo de bolsillo al que basta desdoblar con magia, es uno de los elementos más destacables del libro. El arte narrativo de Angélica Gorodischer hace todo el resto: nos convence de los mundos, nos mete en ellos y, muchas veces, los propone como un espejo iluminado del nuestro. Si es cierto que la naturaleza acostumbra imitar al arte, Angélica Gorodischer no va a ser la única "que un día de estos se lo encuentre a Trafalgar a la vuelta de cualquier esquina", tal como ella misma dice al hablar de su personaje.

Trafalgar, el viajero (comerciante para más datos y por eso hablador) es un Marco Polo contemporáneo y rosarino. Con una diferencia respecto del original italiano: que en lugar de veneciano básico usa un lenguaje coloquial muy nuestro cuyo empleo, hecho sin abusos veristas de ninguna clase, es otro de los aspectos remarquables del libro.

La mayoría de los cuentos (si no todos) poseen una estructura notable. Su desarrollo está organizado al punto que, en algunos, se produce la impresión de poder tomarlos con las manos como si su claridad y su orden se materializaran. De esta buena base estética podemos partir para plantear en Trafalgar dos planos de

lectura. El primero, que es común a todos los trabajos, consiste en un tejido aventurero hecho de mucho humor, mucho ingenio y acción, mucho "mirá lo que me pasó". El buen oficio narrativo de Angélica Gorodischer hace que arrastremos con el cuento para ver lo que "le pasó" a Trafalgar. Es un plano donde podemos quedarnos en lo divertido y entretenido a caballo de una buena prosa.

Pero cabe la posibilidad de otro plano de lectura donde, por sobre esa forma fluida y directa, por sobre esa buena estrategia del interés, lo aventurero se vuelve sostén de sustancias reflexivas y elocuencias interiores. Esas construcciones de mundos lejanos trascienden en muchos casos su apariencia de imaginera fecunda, trascienden su contexto de espectáculo colorido y ágil, para volverse metacrónicas de nuestro mundo social e individual, o grandes metáforas que nos hablan de la agri-dulce condición humana. En tal dimensión, las preferencias de Angélica Gorodischer son: las incursiones místicas; un profundo respeto y veneración por la locura visionaria; la búsqueda de caminos irracionales para avanzar en una vivencia más profunda del mundo; la exaltación de ciertas robustas potencialidades femeninas en tanto hábiles oficiantes de los secretos del caos, o como ejecutoras de un feminismo diabólico. Pero la actitud fundamental de Angélica Gorodischer es aquella en la que tal vez todos nos involucraríamos si se nos ocurre apuntar la nariz a la barbaridad de las estrellas.



RODOLFO GRANDI

EL NAUFRAGIO DE LAS ESTRELLAS Eduardo Belgrano Rawson Editorial Pomaire

La primera impresión que se tiene al cerrar este libro es la sensación de haber navegado. No digo esto en un sentido literal ni prefabricadamente lírico, sino en el sentido de que, una de las principales virtudes del texto, es recrear con recursos literarios la fascinación del mar. Vamos a ver ahora hasta qué punto esta sensación es un legítimo producto de los aciertos narrativos de la novela, y hasta qué punto tiene su origen en la seducción de un tema de por sí bello, pero ineptamente tratado, y cuya expresión se completa en la mente del lector mediante un esfuerzo imaginario. Podríamos decir que la navegación que nos propone este libro es a dos aguas: unas, las graves y profundísimas de los océanos interiores, y otras, las pestilentes y estancadas de

los riachos de la prosa bestselleriana. Una pretensión de pulcritud, una utilización de palabras antisépticas, una propensión a giros falsamente prestigiosos que si en los párrafos del narrador son ridículos, en los monólogos de los personajes se vuelven, además, inverosímiles, hacen que el lenguaje de este libro parezca, en el mejor de los casos, una inexacta traducción de algún texto norteamericano, lo cual es un defecto a tener en cuenta, sobre todo si se considera que la novela fue escrita por un argentino. Eso en cuanto a la escritura en particular. En cuanto a su contenido esencial el tema, pese al inadecuado cuerpo lingüístico que lo encarna, se salva del naufragio por su propia hermosura. Estructurado en varios capítulos independientes que acaso sugieren una o varias historias relacionadas entre sí, el libro participa de ese espíritu fascinante que es derivado del puro placer de contar cuentos y de esa concepción de novela que propone Isidoro Blaisten: "como una sucesión de cuentos, o un entrelazamiento de historias", al estilo de El vino del Estío, de Bradbury o Cien años de soledad, de García Márquez. Personalmente, me inclino por ubicar el punto de vista narrativo en un tácito personaje que es el mar. Ajeno a todas las pasiones que aventuran a los hombres en su cuerpo inconcebible, él parece contemplar pasivamente sus actitudes mientras atiende sus compromisos con la luna, con el viento, con las estrellas, azotando el insignificante casco de los barcos con una especie de sabia displicencia. Una interpretación podría ser la de que en este libro no hay personajes, sino islas vivas, que buscan arrimarse a un continente perdido. No habría entonces navegación visible, sino un lento flotar a la deriva por una niebla metafísica; no habría otro naufragio que el de no poder exceder la soledad. En este minucioso estudio de la condición insular del hombre, en la producción de un sentimiento de invencible melancolía en el lector, en el hecho de que ese sentimiento superviva después de la lectura, intervienen los rasgos de gran narrador que manifiesta poseer Belgrano Rawson!

JORGE VIERA

TALLERES

Está abierta la inscripción para el taller de poesía y el seminario de lingüística de El Ornitorrinco.

SEMINARIO DE LINGÜÍSTICA: coordinado por Sylvia Iparraquirre. Para informes llamar al teléfono 88-4797, de 15 a 22 hs.

TALLER DE POESÍA: coordinado por Daniel Freidemberg. Para informes llamar al teléfono 812-5463, de 16,30 a 22 hs.

EN LECTURAS... ALGO DIFERENTE

COLECCION PRISMA 20

DIALOGOS SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE

El lector no podrá encontrar una pista sobre el **más allá**, pero sí elementos para reflexionar sobre su **estar acá**.

RESPONDEN: JORGE LUIS BORGES ABELARDO CASTILLO - Prof. SEVERINO CROATTO - Dres. ABEL CANONICO TERENCIO GIOIA - ALFREDO GAZZANO - Coord. LILIANA HEKER.

2 x 4 = TANGO

Nuestra música, tan unida a la ciudad que más que música y decir es una forma de vida.

RESPONDEN: OSCAR DEL PRIORE JOSE L. COLANGELO - JULIAN PLAZA HOMERO EXPOSITO - OSVALDO PUGLIESE - Coord. HILDA GUERRA.

NUESTROS HIJOS, NUESTROS ADOLESCENTES.

Una aproximación a la respuesta que los adolescentes buscan en el mundo de los adultos y a la conciencia del adulto en la necesidad de comprenderlos.

RESPONDEN: EDUARDO FIDANZA ELVIRA PONTORIERO - JORGE ATILIO GUIDUCCI - GRACIELA DOMINGUEZ SUSANA ITZCOVICH - SUSANA GÜERRI - Coord. SYLVIA IPARRAGUIRRE.

4 x 4 = ROCK

Un libro sobre rock con reportajes. La intención: brindar un testimonio sobre el movimiento musical juvenil.

RESPONDEN: RODOLFO MEDEROS, MANOLO JUAREZ, SANTIAGO GIACOBBE, LUIS ALBERTO SPINETTA, LITTO NEBBIA, GUSTAVO MORETTO, YABOR. Coord. GABRIEL SENANES L'EIRBAG.

PAGINAS VUELTAS NICOLAS GUILLEN

Textos, poemas inéditos del reconocido poeta latinoamericano

COLECCION LOS NUESTROS

BORRON Y CUENTOS NUEVOS

La ciudad moderna: símbolo de un largo momento de la historia, ámbito de las esperanzas, las frustraciones y los anhelos del hombre actual.

JORGE ASIS - ISIDORO BLAISTEIN ROBERTO FONTANARROSA - EDUARDO GOLIGORSKY - LILIAN GOLIGORSKY - BERNARDO JOBSON MARIO LEVRERO - JUAN JOSE MANAUTA - MABEL PAGANO y otros.

FANTASTICOS E INQUIETANTES

El espacio ocupado en el hombre por sus sueños, sus pesadillas y sus miedos. Autores americanos se internan en una exploración que enriquecerá al lector... y lo desvelará.

CARLOS CASACUBERTA - POLI DELANO - JORGE DI PAOLA LEVIN - ELVIO E. GANDOLFO - ANGELICA GORODISHER - ENRIQUE WERNICKE y otros.

CUENTOS Y ALGO MAS

Una selección abierta y el país a través de voces representativas de varias generaciones de cuentistas.

EDUARDO ADRIAN - JUAN JACOBO BAJARLIA - ARIEL BIGNAMI - ABELARDO CASTILLO - LILIANA HEKER JOSE MURILLO y otros.

LA FAMILIA ES LO PRIMERO.

Mabel Pagano

Una nueva novela de la autora de "Liberación Hundida", uno de los valores más sólidos de la narrativa argentina actual.

LIBROS DE ARTE
Editorial CORVINA
Budapest

GRUPO EDITOR DE BUENOS AIRES

JOSE E. URIBURU 578 Piso 1º - 1027 Buenos Aires - Tel. 47-3154

planeta es un mundo

**LOS GRANDES MAESTROS DE
LA LITERATURA UNIVERSAL**



LA SEGUNDA GUERRA

MUNDIAL  **ENCICLOPEDIA**

TEMATICA PLANETA 

MITOLOGIAS  **HISTORIA DE
LA LITERATURA UNIVERSAL**

 **GRAN ENCICLOPEDIA**

LAROUSSE 

GRANDES

MUSEOS 

LAS MEJORES

NOVELAS CONTEMPORANEAS



GEOGRAFIA UNIVERSAL

EL ARTE Y EL HOMBRE 

CLASICOS PLANETA

**Editorial
Planeta**



VIAMONTE 1451 - Tel. 40-3323 - 45-0709 - Buenos Aires